







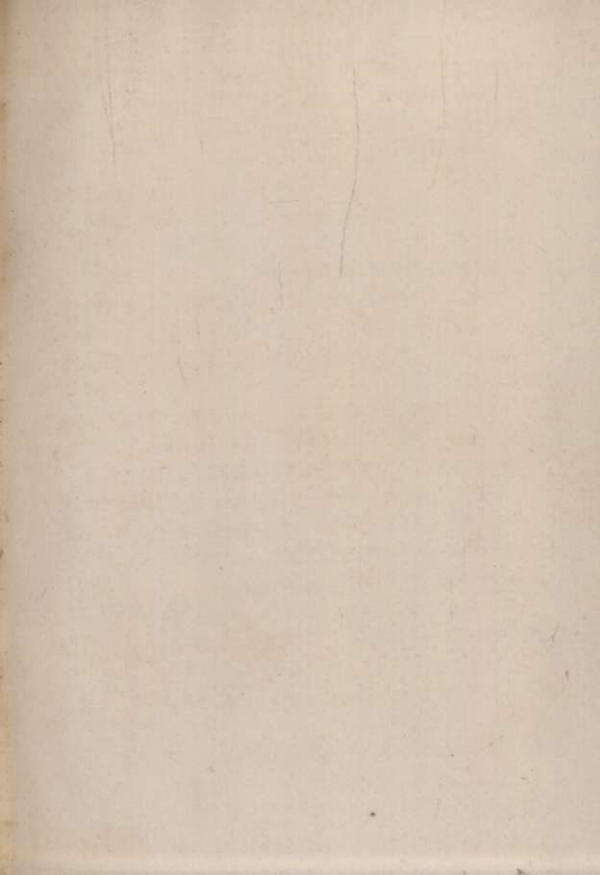


ANT

XIX

91





PAULA MONTI
NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS

EUGENIO BUE.

Traducción al castellano

PAULA MONTI.

SEVILLA.—1889

Imprenta de Gomez Oro, editor, calle de
la Rueda núm. 7



PALMA MONTI

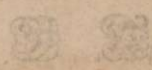
NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS

por

EUGENIO BUE.

Traducción al castellano

por



TOMO I

SEVILLA - 1882
Imprenta de Gomez Ord. editor, calle de
la Muela núm. 7.

PRIMERA PARTE.

I.

El baile de la ópera.

En 1837 no habia invadido aun el baile de la Opera esa turba de bailarines fanáticos y casquivanos, que en nuestros dias han desterrado cuasi enteramente de estas reuniones las antiguas tradiciones y aquel tono de elegancia y finura que en nada disminuia lo picante de las aventuras.

Entonces, como hoy, las gentes del gran mundo se reunian en torno de una grande

arca colocada en el corredor de los primeros palcos, entre las dos puertas del foro del teatro de la Opera.

Los privilegiados hacian su asiento de este arcon dando algunas veces participacion de él á ciertos vivarachos dominós, que si bien no siempre pertenecian al gran mundo, lo conocian bastante de oidas para dar un asalto de maledicencia con los mas murmuradores.

Era el último baile del mes de enero de 1837. Hacia las dos de la mañana, un gran número de hombres rodeaba á un dominó femenino, sentado en el arcon de que hablamos.

Estrepitosas carcajadas acogian las palabras de esta muger: aun cuando no le faltaba talento, ciertas espresiones vulgares y el tuteo que empleaba, probaban que no pertenecia á la mas escogida sociedad. Sin embargo, parecia perfectamente instruida en lo que pasaba en las clases mas elevadas y exclusivas.

Aun continuaba la risa provocada por las agudezas de este dominó, cuando descubriendo un jóven que atravesaba el cor-

redor con aire afanado para entrar en el foro, le dijo esta muger:

—Buenas noches, Fierval... ¿á dónde vas? Pareces muy ocupado. ¿Buscas acaso á la bella princesa de Hansfeld, á quien haces una corte tan asidua? Te prevengo que pierdes el tiempo. No es de las mugeres que van al baile de la Opera.... Es una virtud austera. Versátiles mariposas, todos os quemareis en esa luz!..

Mr. de Fierval se detuvo y respondió sonriéndose:

—Admiro en efecto mucho á la princesa de Hansfeld, bella máscara; pero tengo demasiado poco mérito para pretender, ni aun remotamente ser distinguido por ella.

—¡Jesus qué tono tan formal y respetuoso! No se diría sino que crees te está oyendo la princesa.

—Jamás he hablado de la señora de Hansfeld, sino con el respeto que inspira á todo el mundo, dijo Mr. de Fierval.

—¿Crees acaso que la princesa..... soy yo?

—Para eso, gracioso dominó, debierais

al menos tener su estatura; y hay mucha diferencia.

—¿La señora de Hansfeld en el baile de la Opera? dijo uno de los hombres del grupo que rodeaba al dominó. El hecho sería curioso.

—¿Y por qué? Preguntó el dominó.

—Vive demasiado lejos.... Palacio Lambert.... frente de la isla Lonviers. Lo mismo sería venir de Londres.

—Esta chanza sobre los barrios perdidos es bien antigua. Replicó el dominó. Lo que hay de positivo es, que la señora de Hansfeld es demasiado mogigata para cometer semejante ligereza; ella, siempre, siempre metida en la iglesia...

—¿Y para qué se ha inventado el baile de la Opera sino para favorecer, al menos una vez al año, las ligerezas de las mogigatas? Dijo un recién venido que se había mezclado al círculo sin que se le notase.

Grandes exclamaciones de sorpresa acogieron á este personaje.

—¡Eh! Es Brevannes! ¡De dónde sales?

—Acaba de llegar sin duda de Lorena.

—¿Ya estás aquí, bribonzuelo?

—Su primera visita para el baile de la Opera... es de regla.

—Viene á ver sus antiguas malas compañías.

—O á contraer otras nuevas.

—Habia ido á tomar el pasto en sus tierras.

—Y parecen nutritivos los pastos de sus tierras.

—¿A que no le conocen las bailarinas?

—Apuesto que ha dejado su mujer en Lorena á fin de disfrutar mejor de la vida de soltero.

Así acaban siempre los matrimonios de amor.

—Hemos dispuesto una cena para esta noche... Brevannes.

—Vendrás con nosotros, y esto te pondrá al corriente de Paris.

Mr. de Brevannes era un hombre de 31 años, de un color muy moreno casi aceituñado; grande espresion de energia se leia en sus facciones bastante regulares; su pelo, sus cejas y su barba muy negra le daban un aire duro; sus maneras eran elegan-

tes y su vestidos sencillos y de buen gusto.

Después de haber escuchado las numerosas interpelaciones que se dirigian, Mr. de Brevannes dijo riéndose:

—Trataré ahora de responder, pues que aun queda tiempo. Mis respuestas no serán largas. He llegado ayer de Lorena; soy mejor marino que lo que se piensa, pues he traído á mi muger á Paris.

—Acaso la señora de Brevannes te hubiera tenido por mejor marino si la hubieses dejado en Lorena, dijo el dominó, pero eres demasiado celoso para eso.

—¿De veras? replicó Mr. de Brevannes, mirando al dominó con curiosidad. ¿Yo soy celoso?

—Tan celoso como terco, y está dicho todo.

—Lo cierto es, replicó Mr. de Fierval, que á este diablo de Brevannes se le ha metido una cosa en la cabeza.

—Allí se queda, interrumpió riéndose Mr. de Brevannes; dejaria de ser breton: y puesto, bella máscara, que [me conoces tan bien, debes saber mi divisa. «Querer es poder.»

—Y como temes, que á su vez tu mujer te pruebe que... «querer es poder,» eres celoso como un tigre.

—¿Celoso... yo?... Vamos... me adulas... no merezco este elogio...

—No es un elogio, pues eres tan infiel como celoso, ó si lo prefieres, tan orgulloso como inconstante. En verdad que valia bien la pena que hicieses un matrimonio por inclinacion y que te casases con una plebeya... ¡Pobre Berta Raimond! Estoy segura que paga bien caro lo que los necios llaman su elevacion, dijo el dominó con ironia.

Mr. de Brevannes frunció imperceptiblemente las cejas. Pasada esta nube, replicó alegremente:

—Bella máscara, te equivocas, mi mujer es la mas feliz de las mugeres, y yo el mas feliz de los hombres. Asi, pues, hacemos los mejores casados del mundo, y nuestro interior no ofrece el menor pretexto á la maledicencia... No hablemos, pues, mas de mí; soy una moda del año pasado.

—Eres demasiado modesto... En cuanto

á la maledicencia, eres siempre muy de moda. ¿Prefieres que hablemos de tu viaje á Italia?

Mr. de Brevannes disimuló un nuevo movimiento de impaciencia. El dominó parecía conocer perfectamente los lados vulnerables del hombre á quien intrigaba.

—Sí, generosa, maliciosa máscara, respondió Mr. de Brevannes; inmolá ahora otras víctimas... Me pareces muy bien instruida; ponme un poco al corriente de las historias del día... ¿Cuáles son las mugeres á la moda? Sus adoradores del invierno pasado, ¿siguen siéndolo aun? ¿Han pasado impunemente por la prueba de la ausencia, del verano, de los viages?

—Vamos, tengo piedad de tí... ó mas bien te reservo para mejor ocasion, replicó el dominó. ¿Hahlar de nuevas hermosuras? Justamente era el objeto de nuestra conversacion hace un momento la mujer mas á la moda de este invierno... una hermosa estrangera... la princesa de Hansfeld.

—Con solo oir el nombre replicó Mr. de Brevannes; adivino que se trata de una ale-

mana, rubia y vaporosa como una melodía ep Schubert.

—Te equivocas dijo el dominó, es morena y salvaje como la celosa pasión de ()tello, siguiendo tu comparación musical y ampulosa.

—¿Pero hay también un príncipe de Hansfeld? preguntó Mr. Brevannes.

—Ciertamente...

—Y ese caro príncipe, ¿a qué escuela pertenece? ¿a la escuela alemana, italiana... ó... á la escuela... de los maridos?

—Nos preguntas más de lo que sabemos.

—¿Cómo! Esa bella princesa estará acaso casada con un príncipe in partibus.

—Nada de eso replicó Mr. de Fierval; el príncipe está aquí, pero nadie le ha visto aun: no vá jamás á reuniones. Se habla de él como de un ser singular, escéntrico .. Se cuentan de él historias muy extravagantes.

—Se asegura que es completamente idiota, dijo.

—He oído sostener que es un hombre de mucho talento, replicó otro.

—Para poneros de acuerdo, señores, es preciso confesar que estas cosas lo parecen mucho algunas veces, dijo Brevannes, sobre todo cuando el hombre de talento está «en descanso.» ¿Y el príncipe es joven ó viejo?

—Nadie le conoce, dijo Fierval. Los unos pretenden que se le tiene incomunicado, por temor que sus extravagancias hagan reír.

—Los otros afirman al contrario, que profesa un desprecio tan soberano al mundo y tiene un amor tal á la ciencia, que jamás sale de su casa.

—Diablo! dijo Brevannes. Ese alemán es un personaje misterioso. Como marido debe ser muy cómodo. ¿Se sabe quién se ocupa de la princesa?

—Nadie, dijo Fierval.

—Todo el mundo, exclamó el dominó.

—Es lo mismo, replicó Mr. de Brevannes. Según eso la señora de Hansfeld es muy seductora.

—Yo soy mujer y no puedo menos de confesar que nada se puede ver de mas admirablemente hermosa, dijo el dominó.

—Tiene sobre todo unos ojos... unos ojos... Jamás se han visto ojos semejantes, dijo Mr. Fierval.

—En cuanto á su talle, añadió el dominó, es una perfeccion... imponente como una Reina, esbelta y flexible como una síl-fide.

—Esas alabanzas no estan lejos de convertirse en maliciosos epigramas, bella máscara, dijo Brevannes.

—De veras, replicó Fierval. Nadie puede convertirse á la princesa por el talle, por la dignidad, por la gracia, por la distincion de sus facciones. Y luego su mirada tiene un no sé qué de sombrío, de ardiente y de fiero que contrasta con la calma habitual de su fisonomía.

—Por mi parte, lo confieso, me parece que las facciones, luego su mirada tienen una espresion siniestra... y por mas hermosos que sean sus ojos, se diria que tiene unos ojos... diabólicos.

—Peste! Esto se hace interesante, exclamó Mr. de Brevannes. La princesa es una verdadera heroína de novela moderna. Despues de lo que acabo de oir de su flgu-

ra, no me atrevo á hablaros de su talento: ordinariamente se exaltan ciertas milagrosas perfecciones á espensas de las imperfecciones mas pronunciadas.

— Te equivocas, dijo el dominó: los que han oido hablar á la señora de Hansfeld, y esos son muy pocos, le han encontrado tanto talento como hermosura.

— Es cierto, replicó Fierval. Lo único que se le puede echar en cara es su esquivéz, pues se espanta de las mas inocentes chanzas.

— Es preciso que la princesa ande con cuidado, dijo el dominó. Si sus afectaciones de gazmoñería duran aun algun tiempo, se verá tan abandonada de los hombres como buscada de las mugeres, que en este momento la tienen amor, no sabiendo si su rigorismo es real ó indicado.

— Mas, dijo Brevannes, ¿qué puede hacer se suponga á la princesa capaz de hipocresía?

— Nada. Es muy religiosa, replicó Mr. de Fierval.

— Dice devota, interrumpió el dominó, esto no es lo mismo.

—Cuando se ama á la iglesia tan apasionadamente, dijo otro, se aman menos los salones y se dan menos cuidados al tirador y á la modista.

—Eso es injusto, dijo Mr. de Fierval, sonriéndose. La princesa viste siempre del mismo modo y con la mayor sencillez: por la noche, un vestido de terciopelo negro ó granada oscuro con un peinado tan poco ostentoso como su traje.

—Si, pero esos vestidos, admirablemente cortados, dejan admirar su encantadora garganta, sus brazos de rara perfeccion, un cuerpo de criolla, un pié de andaluza, y qué lujo de pedrería!

—Otra injusticia, exclamó Mr. de Fierval. La princesa no lleva mas que una simple cinta de terciopelo negro ó granada al cuello, en armonía con el color de su vestido...

—Si, añadió el dominó, y esa pobre cinta está sostenida por un modesto alfiler compuesto de una sola piedra. Ello es verdad, que es un diamante, un rubí ó un záfiro de 20 á 30 mil francos. .. La princesa posee, entre otras maravillas, una esmeral-

«a tan gorda como una nuez.

—Ya, pero esto no es mas que el accesorio de la cinta de terciopelo, dijo alegremente Mr. de Fierval.

—Pero el principe, el principe me inquieta... á mí, exclamó Mr. de Brevaldes. Con formalidad ¿es tan misterioso como se dice?

—Con formalidad, respondió Mr. de Fierval; despues de haber vivido algun tiempo en la calle Saint-Guillaume, ha ido á alojarse al pretil de Anjou, al Diablo verde, en ese inmenso y antiguo hotel Lambert. Una de mis conocidas, la señora de Lormoy, fué á hacer una visita á la princesa; no pudo ver al principe que le digeron estar enfermo. Parece que no puede darse cosa mas triste que ese enorme palacio, en donde está uno como perdido, y en donde no se oye mas ruido que enmedio de un desierto. Esas calles, las orillas del Sena, todo tan abandonado y silencioso....

—Puesto que conoceis algunas personas que han penetrado en esa misteriosa habitacion, querido Fierval, dijo otro, ¿es verdad que la princesa tiene siempre á su la-

do una especie de enano ó enana, negro ó negra, pero muy disforme?

—Qué exageracion! dijo Mr. de Fierval, riéndose. ¡Hé ahí justamente como se escribe la historia!

—¿El enano ó la enana no existe?

—Señores, siento en el alma destruir vuestras ilusiones. La señora de Lormoy que, os lo repito, va á menudo al hotel Lambert, solo ha visto á la doncella de la princesa de Hasfeld; es una muchacha muy jóven, pero cuya tez es de color de cobre, y cuyas facciones tienen un carácter árabe. Ese es necesariamente el origen de la enana negra y disforme.

— Es lástima, y siento mucho que no haya enano negro y hediondo. Entonces hubiese sido novela de la edad media, dijo Mr. de Brevannes.

II.

Una intriga.

Un gran corro de curiosos; formado al rededor del arcon en que estaba sentado el dominó de que acabamos de hablar, escuchaba con avidez las estrañas versiones que circulaban sobre la vida misteriosa del príncipe y la princesa de Hansfeld.

Felizmente para los curiosos estos comentarios no habian llegado á su fin.

—Es de observar, exclamó Mr. de Fierval, que la señora de Lormoy, única que visita á la princesa de Hansfeld con alguna intimidad, dice habla de ella muy bien.

—Es muy natural replicó Mr. de Brevannes, el menor montecito es siempre una América para los modernos Colon... La señora de Lormoy ha descubierto el botel Lambert, y debe contar mil maravillas de la princesa.... Mas, á propósito de la señora de Lormoy, ¿qué se ha hecho de su sobrino el hermoso de los hermosos, Leon de Morville? ¿Qué feliz muger idolatra ahora su cara de arcángel, desde que tuvo que separarse de lady Melford?

—Siempre fiel á su recuerdo de su bella insular, respondió Mr. de Fierval.

—Lo que hace la desesperacion de muchas mugeres á la moda, añadió el dominó, y entre otras de la marquesita de Luceval, que afecta la originalidad como si no fuese bastante bonita para sernatural. No habiendo podido arrebatat Leon de Morville á su lady en vida de este amor, esperaba al menos heredarlo.

—Una union de cinco años... es cosa tan rara...

—Lo mas raro aun, es la fidelidad... á un recuerdo... Es admirable... dijo Mr de Brevannes.

—Sobre todo, cuando el «fiel» es tan pretendido como Mr. de Morville...

—Por mi parte jamás he podido soportar al señor de Morville, dijo Mr. de Bre-vannes. Siempre he evitado su encuentro.

—Y yo os aseguro, amigo mío, dijo Mr. Fierval, que es el mejor muchacho del mundo...

—No lo dudo; pero ¡parece tan envane-cido de su bonita figura!..

—¿El? ¿Quién lo ha dicho?

—Por felicidad, este adonis es tan ne-cio como hermoso, dijo el dominó.

—Bella máscara, cuidado con lo que hablas, dijo un recién venido que se había introducido hasta el centro del corro. Si se os oye hablar así de Leon de Morville, se podría creer que vuestras seducciones han sido insuficientes á distraerle de su fi-delidad á Lady Melford... Decís demasia-do mal de él, para no haberlo deseado... demasiado... bien.

—De veras, Gerecourt replicó alegre-mente el dominó. Me pareces demasiado benévolo, hoy... ¿Representan acaso tu comedia mañana?

— ¡Cómo! graciosa máscara: ¿me creéis interesado hasta tal punto?

— Sin duda... Un hombre de mundo como tú .. á la moda como tú... de cálculo como tú... que se atreve á tener mas talento que los otros... hombres... de talento... se entiende, se vé condenado á guardar toda clase de miramientos... por mucho que le cueste... A pesar de todo, si tu comedia no tiene aceptacion, acusa solo á tus amigos.

— No seré tan injusto, bella máscara: si mi comedia no tiene aceptacion, solo me acusaré á mí mismo... Cuando uno tiene amigos como Leon de Morville, de quien hablais tan mal, cree uno en la amistad.

— ¿Vuelves á empezar nuestra querrela?

— Sin duda.

— ¡Sostener que Leon de Morville tiene talento!

— Por desgracia suya es demasiado hermoso: y por esa razon los envidiosos quieren suponer que es muy necio... si fuese vizco... tartamudo ó jorobado... ¡Peste!... nadie se tomaria el trabajo de negar su ta-

lento. Las ventajas de la fealdad son extraordinarias en nuestros días.

—¿Dices eso por nuestros hombres de Estado? replicó el dominó. Lo cierto es que pudiera decirse en el día... feo como un ministro.

—Y luego en este siglo tan sério, no hay cosa mas seria que la fealdad.

—Sin contar que un semblante de ahorcado es siempre una especie de introduccion, de preparacion á una villanía. bajo este punto de vista: para ciertos hombres de estado, es muy diestro el ser horribles.

—Volviendo á Mr. de Morville, jamás he oido hablar de su talento, dijo secamente Mr. de Brevannes.

—Tanto mejor para él, replicó Mr. de Gercourt. Siempre desconfio de esas gentes cuyas agudezas se citan... y dudaria de Mr. de Talleyrand, sino lo hubiese oido hablar... Confesad, al menos, amigo Brevannes, que Morville no tiene un solo enemigo. á pesar de la envidia que debieran inspirar sus triunfos.

—Porque es un necio, replicó con em-

peño el dominó. Las gentes verdaderamente superiores, tienen siempre enemigos.

—Me parece en ese caso, bella máscara, respondió Mr. de Gercourt, que nuestra encarnizada hostilidad prueba mas y mas la superioridad de Leon de Morville.

—¡Bah! ¡Bah! replicó el dominó sin responder á este ataque. La prueba que Leon de Morville es un pebre diablo... es que hace increíbles esfuerzos por singularizarse y hacerse notar... Ridículo ó no, poco le importa el medio con tal que llegue al fin.

—¿Cómo así? dijo Mr. Gercourt.

—Hablabamos hace un momento de la admiracion general que inspira la princesa de Hansfeld dijo el dominó. Pues bien: Mr. de Morville afecta sentimientos contrarios á los de todo el mundo. Que sea indiferente á la hermosura de la princesa de Hansfeld, bueno... pero la de indiferencia á la aversion hay gran distancia...

—¡A la aversion! ¿que quereis decir? preguntó Mr. de Brevannes.

—Nuevo crimen de que mi pobre Mor-

ville es inocente, estoy seguro de ello, dijo Mr. de Gercourt.

—Todo el mundo sabe, añadió el dominó, que fioge la aversion mas pronunciada hácia la señora de Hansfeld.

—¿Morville?

—Seguramente: aunque se le vé muy poco en reuniones, afecta huir de aquellas en que puede encontrar á la princesa, y en tales terminos que ya no se le vé sino muy raramente en casa de su tia la señora de Lormoy, sin duda por temor de encontrar allí á la señora de Hansfeld. Veamos, Fievel, vos que conocéis á la señora de Lormoy, ¿es cierto?

—Lo cierto es que encuentro ahora muy pocas veces á Morville en casa de su tia.

—¿Lo oyes? dijo le dominó triunfante, dirigiéndose á Mr. de Gercourt. La antipatia de Morville por la princesa, se nota... El mundo charla... se admira... Eso es lo que queria ese Apolo sin seso.

—Es imposible, dijo Mr. de Gercourt, no hay hombre menos afectado que Morville. Es uno de los hombres mas amables,

mas naturalmente amable que he conocido. En su vida creo ha odiado, fingido ó mentido, y lleva el respeto de la fé jurada hasta la exageracion.

— Soy del parecer de Gercourt, dijo Mr. de Fierval seriamente. Hace mucho tiempo que anda profundamente triste. Frecuenta poco la sociedad.

— Eso se esplica, dijo uno; hace 18 meses que se fué lady Melford, y desde entonces no cesa de llorarla.

— Y ademas dijo uno; la madre de Mr. de Morville se halla en un estado, muy alarmante, y nadie ignora cuánto adoraba á su madre.

— Su cariño por su madre no es del caso, respondió el dominó. En cuanto á su fidelidad, al recuerdo de lady Melford... ha cambiado de ridiculo y de exageracion.

— ¿Cómo así?

— A mí mismo me engaña con su afectacion en huir de la señora de Hansfeld. Apuesto que está enamorado de ella, y que quiere llamar la atencion con esta originalidad calculada...

—Es imposible, dijo Fierval.

—Ese medio es demasiado vulgar, dijo Gercourt.

—Por esa misma razon lo emplea Morville: es demasiado necio para inventar otro...

—¿Cómo?... ¿hubiera esperado la llegada de la señora de Hansfeld, para ser infiel... cuando, de dos años á esta parte. . no tenia mas que escoger entre las mas adorables consoladoras?

—No hay cosa mas sencilla, dijo el dominó. La dificultad le habia tentado... Nadie ha sido feliz con la señora de Hansfeld y este triunfo le habrá parecido digno de él... De que Morville es bestia, no se sigue que no sea vanidoso....

—Y de que tengais talento, hermosa máscara, dijo Mr. de Brevannes, no se sigue que seais justa.

Un dominó cogió á Gercourt por el brazo, é interrumpió esta discusion sobre Mr. de Morville que perdió asi su mas valiente defensor.

—¿Y desde cuándo esta encantadora Brevannes; ¿y nadie entre los estrangeros

princesa está en Paris? preguntó Mr. de Brevannes,

—Hace tres ó cuatro dias, dijo Fierval.

—¿Y quién la ha presentado en la sociedad?

—La mujer del ministro de Sajonia, pues en verdad la princesa es sajona.

—Príncipe!... redlicó Mr. de Brevannes, imposible que nada mas se sepa sobre este misterioso asunto.

—Y● puedo deciros, respondió Fierval, que ansioso como todo el mundo de penetrar un rincon del misterio, he interrogado al ministro de Sajonia.

—¿Y bien?

—Me ha respondido de un modo evasivo. El príncipe de una complexion muy delicada, vive completamente retirado.... se le han impuesto los mas grandes cuidados... su viage le ha bia causado mucho... En fin, vi que mis preguntas embarazaban visiblemente al ministro y corté la conversacion. Desde entonces me he abstenido de hablarle de Mr. Han sfeld.

—Es singular, en efecto, dijo Mr. de

conoce á ese príncipe?

— Todo lo que he podido saber, es que se ha casado en Italia y que despues de haber hecho un viaje á Inglaterra ha venido á establecerse aquí.

— Si fuese posible formar una opinion sobre cosas tan oscuras, creeria decididamente que el príncipe es un imbecil ó cosa muy semejante

— En verdad, dijo el dominó, que el cuidado que se pone en ocultarlo á todas las miradas, en...

— El embarazo del ministro de Sajonia á responderos, dijo Mr. de Brevannes á Mr. de Fierval.

— El semblante sombrío y melancólico de la princesa...

— Pero entonces, replicó Brevannes, ¿por qué esta bella melancólica frecuenta la sociedad?

— ¿Quisierais acaso que se entibiase con su idiota... si idiota existe?

— Mas si tiene siempre el semblante melancólico aun siniestro de que habeis hablado, ¿qué placer puede hallar en la sociedad?

—A fe mia que no lo sé, dijo Mr. de Fierval, esa especie de misterio, junto á la singular hermosura de la señora de Hansfeld, es lo que la pone tan á la moda.

—¿No tiene ninguna amiga que pueda contar algo? preguntó Mr. de Brevannes.

—Yo he oído decir á la señora de Lormoy, que habiendo ido un día á visitar á la señora de Hansfeld al hotel Lambert, oyó bastante cerca de la habitacion en donde se hallaba, una pieza musical de una armonía encantadora, y ejecutada en un órgano con un talento raro... La princesa no pudo reprimir un ligero movimiento de impaciencia: hizo una seña á su doncella, la de color de cobre. Esta salió al instante. Pocos momentos despues... babian cesado las melodiosas notas.

—Y la señora de Lormoy, ¿no le preguntó de dónde venia el sonido de este órgano?

—Si, si.

—¿Y qué respondió la princesa?

—Que no lo sabia... Que era sin duda en la vecindad en donde tocaban ese instrumento, cuyo son le afecta los nervios ..

La señora de Lormoy le hizo observar, que hallándose el hotel Lambert perfectamente aislado, el órgano que acababa de oír debía estar en la misma casa... La señora de Hansfeld procuró cortar la conversacion pasando á hablar de otra cosa.

—De donde es preciso concluir, replicó el dominó, que nadie sabrá la esplicacion de este enigma... ¡Ah! si yo fuese hombre... mañana lo sabria.

La conversacion fué interrumpida por estas palabras de Mr. de Fierval que absorbieron la atencion:

—¿Quién es ese dominó alto, evidentemente masculino, que parece busca aventura? El lazo de cintas amarillas y azules de su esclavina le sirve sin duda de señal de reconocimiento...

—¡Oh! dijo el dominó bajándose del arcon en donde estaba sentado, es alguna cita grave: voy á divertirme en contrariar esta intriga, persiguiendo á este misterioso personage.

Desgraciadamente este malicioso deseo no pudo ejecutarse. El dominó que llevaba el lazo amarillo y azul fué impelido por la

multitud y desapareció.

Algunos momentos despues este mismo dominó masculino que acababa de escapar á la curiosa persecucion del dominó del arcon, subió la escalera que conducia á los segundos palcos y se paseó algunos minutos por el corredor.

Bien pronto se reunió á él un dominó femenino que llevaba tambien un lazo de cintas amarillas y azules.

Despnes de un momento de exámen y de duda la muger se acercó y dijo en voz baja:

—Childe-Horoldo,

—Faust, respondió el domino masculino.

Pronunciadas estas dos palabras, la muger se asió del brazo del hombre, que la condujo al salon de un palco reservado.

III.

El dominó.

Mr. Leon de Morville (uno de los dos dominós que acababan de entrar en este salón) se quitó la máscara.

Los elogios prodigados á su figura no fueron exagerados; sus facciones eran de una pureza de líneas ideal. Largos bucles de azabache realzaban la belleza de esta noble y graciosa fisonomía.

Muy romántico en amor, Mr. Morville

«

profesaba por las mugeres un culto religioso, que tomaba su origen en la veneración apasionada que sentia por su madre.

De una bondad, de una mansedumbre adorable, se citaban de él mil acciones de delicadeza y de abnegacion. Cuando aparecia, las mugeres no tenian miradas, sonrisas y obsequios mas que para él y sabia responder á esta benevolencia general con tanto tacto y espiritual modestia, que no heria ningun amor propio. Sin su romántica fidelidad á una muger que habia apasionadamente amado, y de quien solo se separó forzado por las circunstancias, hubiese obtenido los mas numerosos y mas brillantes triunfos.

Mr. de Morville estaba sobre todo dotado de encantadoras maneras; su afabilidad natural le inspiraba siempre palabras amables ó lisongeras. Ni aun las decepciones que debian herir de vez en cuando á aquella alma delicada y sensible podian alterar la igualdad de su dulce carácter, y acaso faltaba á este un poco de virilidad. Lejos de ser osadamente agresivo á lo que era miserable é injusto, lejos de volver el mal

por el mal, lejos de castigar las perfidias que muchas veces le atraia su misma generosidad, causaban tal horror, ó por mejor decir, tal repugnancia á Mr. de Morville las vilezas humanas, que apartaba sus miradas de los culpables en lugar de vengarse.

En lugar de destruir un inmundo insecto, sus ojos hubieran buscado alguna flor odorifera, algun nido de blancas tórtolas, algun horizonte puro y risueño para reposar, para consolar su vista.

Este sistema de infinita conmiseracion os espone á menudo á ser de nuevo mordido por el reptil en el momento mismo en que mirais al cielo por no verlo. Las mejores cosas tienen sus inconvenientes.

No deduzcamos, sin embargo, de todo esto que Mr. de Morville no tuviese valor. Tenia demasiada honra, demasiada lealtad para no ser muy valiente, y ya habia dado pruebas de ello. Mas, salvo esas ofensas que un hombre no perdona nunca, se mostraba de una clemencia talmente inagotable, que si no hubiese tan dolorosamente

sentido ciertos agravios, su clemencia hubiese pasado por indiferencia ó desden.

Estas esplicaciones sobre el carácter de Mr. de Morville, eran necesarias para la inteligencia de la escena que vá á seguir.

Ya lo hemos dicho. En cuanto entró en el salon que precede al palco, Mr. Morville se quitó la máscara, y esperaba, acaso con mas inquietud que placer, el resultado de esta misteriosa entrevista.

La muger que acompañaba conservaba su máscara con extremo cuidado. Su capucha, echada sobre la frente, no permitia absolutamente el que se viese su pelo. Su dominó, muy ancho, desfiguraba su talle. Sus guantes, y los zapatos grandes hacian imposible el exámen de las manos y de los pies, indicios tan ciertos y reveladores.

Esta muger parecia conmovida; varias veces quiso hablar y las palabras espiraron en sus lábios.

Mr. de Morville, rompiendo el primero el silencio, le dijo:

—He recibido, señora, la carta que ha—

beis tenido la bondad de escribirme, rogándome que me hallase aquí disfrazado, con señas que me hiciesen reconocer. Vuestra carta me ha parecido tan seria, que á pesar de las inquietudes que me inspira el estado de mi madre, he obedecido á vuestras órdenes.

Mr. de Morville no pudo continuar.

Con mano trémula de emocion el domiño femenino se quitó violentamente su máscara.

—La princesa de Hansfeld! exclamó Mr. de Morville lleno de estupor.

Era en efecto la princesa.

IV.

Paula Monti.

Mr. de Morville no podía creer á sus ojos.

No era una ilusion: se hallaba en presencia de la señora de Hansfeld.

Fuera necesario el talento de un grande artista para describir el carácter enérgico, severo, de aquel rostro imperial, pálido y hermoso como una cabeza de mármol antigua, para pintar aquella mirada sombría, profunda, impenetrable, que las tradicio-

nes del Norte prestaron á los genios del mal.

Que se sonria el lector á nuestra exagerada comparacion; mas evocando los poéticos recuerdos de Cleopatra y de Lady Macheth, se figuraria acaso una mezcla de seduccion dominadora y de sombría grandeza, impresa sobre la fisonomía de la veneciana Paula Monti, princesa de Hansfeld.

La señora de Hansfeld, como hemos dicho, se habia quitado la máscara.

Su capuchon, echado sobre la frente, proyectaba sobre la parte superior de su rostro una sombra vagorosa, mientras el resto se hallaba vivamente iluminado. El claro oscuro en medio del cual se hallaba la parte superior de sus facciones, aumentaba el brillo de sus ojos.

A escepcion del resplandor de aquella mirada centelleante como una estrella en las tinieblas, el resto de la fisonomía de la señorita de Hansfeld permanecio impassible.

La princesa dijo á Mr. de Morville con acento grave:

—Confío sin temor el secreto de esta entrevista, á vuestro honor, caballero...

—Seré digno de vuestra confianza, señora.

—Lo sé, y me ha sido preciso este convencimiento para aventurar un paso... que sin saberle... habeis provocado vos mismo...

—¿Yo, señora?

—Vuestra conducta sola me ha obligado á venir aquí, caballero.

—Señora, por favor, explicaos..

—Hace dos meses poco mas ó menos, caballero, rogasteis á la señora de Lormoy, vuestra tia á quien veo con bastante frecuencia, que os presentase á mi. Accedi á su súplica: pocos dias despues declarasteis á la señora de Lormoy que no podiais resolveros á esta presentacion.

Mr. de Morville bajó la cabeza y respondió:

—Es verdad, señora.

—Desde aquel momento, caballero, habeis afectado huir de todos los sitios en donde podiais encontrarme...

—No lo niego, señora, respondió triste-

mente Mr. de Morville

La señora de Hansfeld continuó.

—Hace algun tiempo, siguiendo este plan de conducta, vinisteis al palco de la señora de Senneterre, ignorando que me hubiese dado un asiento en él: al cabo de un cuarto de hora salisteis bajo un pretexto vano que á nadie engañó.

—Es verdad, señora.

—En fin, la señora de Semur, habiendoo convidado con un pequeño número de personas á una lectura interesante á que deseabais asistir, aceptasteis con un vivo placer: mas habiendo añadido la señora de Semur que debia yo formar parte de esta reunion, no parecisteis.

—Tambien es verdad, señora.

—En fin, habeis huido de mi con tal persistencia, deberia decir con tal afectacion, que muchos otros que yo lo han notado.

—Señora... creed...

—Se pondera mucho, caballero, la lealtad de vuestro carácter y se cita vuestra perfecta urbanidad. Motivos bien poderosos os han sido pues necesarios para afectar,

con respecto á mí, procederes tan estraños... Me apresuro á deciros que me hubieran sido muy indiferentes, sin una circunstancia de que debo hablaros.

—Señora, sé que mi conducta debe pareceros estraña, grosera, y sin embargo...

La señora de Hansfeld interrumpió á Mr. de Morville con una amarga sonrisa.

—Repito, caballero, que no os he pedido esta cita para quejarme de vuestra indiferencia... Debo creer que la resolución que habeis tomado de evitar mi encuentro, ha sido dictada por motivos tan graves... que si fueran penetrados, el reposo... acaso la vida de dos personas se hallarian comprometidos.

Y la princesa echó sobre Mr. de Morville una mirada penetrante.

Este respondió con embarazo:

—Os aseguro, señora, que si supieseis...

—Yo sé, caballero, dijo vivamente la princesa que hay un secreto entre los dos. Supisteis este secreto, en el intervalo del día en que solicitasteis el serme presentado, y el día de esta presentación... y desde aquel momento tomasteis la resolución de

huir de mi... Sois un hombre de honor... decidme si me equivoco... juradme que no habeis tenido ningun motivo para manifestar esa especie de desvio de que os hablo, juradme que este desvio no ha tenido otra causa que la casualidad... el capricho... y os creeré, caballero, y desde este momento, gracias á Dios. esta conversacion quedará sin objeto.

Despues de algunos momentos de penosa duda Mr. de Morville pareció tomar un partido violento, y dijo:

—Yo no puedo mentir, señora; ¡guardo un secreto de los mas graves!...

—Basta, caballero, exclamó la princesa de Hansfeld; interrumpiendo á Mr. de Morville no me habia equivocado; poseeis un secreto, que solo creí conocido de dos personas... La una de ellas la creia muerta... la otra tenia el mayor interés en guardar el silencio, pues se trataba de su deshonra... y por esto me he decidido á pedir esta entrevista, no pudiendo recibiros... y no teniendo ahora ninguna probabilidad de encontraros en el mundo... Poco me importa la opinion que hayais podido conce-

bir de mi, despues de la revelacion que os han hecho; vuestras frecuentes pruebas de aversion me demuestran que esta opinion es horrible; asi debia ser.. Dios será mi juez... Pero no se trata de esto, añadió la princesa; vos ignorais acaso de qué importancia es el secreto que os han confiado ó que habeis sorprendido. Segun eso, Osorio... ¿no ha muerto? ¿No pereció en Alejandria, como se creyó en un principio? Responded, caballero, por favor, responded.... Si asi fuere, ¡cuantos misterios me serian esplicados!...

—¿Osorio? .. Jamás he oido pronunciar ese nombre, señora...

—¿Es, pues, Mr. de Brevaunes? exclamó involuntariamente la princessa.

Mr. de Morville miró á la princesa con una sorpresa qué subia de punto; hacia algunos momentos que ya no la comprendia.

—Apenas conozco á Mr. de Brevannes, y aun ignoro si en este momento se halla en Paris, señora...

Por la vez primera, desde el principio de esta conversacion la señora Hansfeld salió de su calma fingida ó natural. Sus pálidas facciones se pusieron purpúreas; y

levantándose bruscamente, exclamó:

—No hay en el mundo mas que Osorio y Mr. de Brevannes que hayan podido decirnos lo que pasó en Venecia hace tres años en la noche del 13 de abril!

—¿Hace tres años? ¿en Venecia...? ¿en la noche del 13 de abril? repitió maquinalmente Mr. de Morville, mas y mas admirado. Por mi honor, señora, no se trata de eso... Por favor ni una palabra mas... pues sentiria en el alma sorprender una grave confidencia.... Repito, señora, os lo juro por mi honor, el motivo que me obliga á evitaros, no tiene relacion alguna con los nombres, las fechas y los lugares que me acabais de citar... Nada hay en este motivo que pueda alterar la profunda, la sincera admiracion que me inspira vuestro carácter... Evitando vuestro encuentro, señora, cumplo una promesa santa... obedezco á un deber sagrado...

—Gran Dios!.. Qué he dicho!.. exclamó la señora de Hansfeld ocultando la cabeza entre sus manos y pensando en la semi revelacion que acababa de hacer involuntariamente á Mr de Morville. No... No es

no lazo indigno:

Y dirigiéndose á Mr. de Morville:

—Os creo, caballero. Por singulares circunstancias, por un extraño quid pro quó, cuando os oí decir que teniais poderosas razones para huirme, creí que se trataba de un triste... hien triste acontecimiento, en el cual, á ciertos ojos prevenidos, podría parecer haber hecho un papel indigno de mí, y aun merecer la aversion que me manifestabais... Vuestro juramento me tranquiliza... me habia equivocado.... Nada sin duda ha llegado á traslucirse de aquella triste aventura. En este momento, caballero, nuestra conversacion ya no tiene objeto... sino para haceros conocer las funestas consecuencias que podia tener la indiscrecion que yo temia .. Felizmente mis temores fueron vanos. Poco me importa ya que se note ó no el cuidado que poneis en evitar las ocasiones de encontrarme; en cuanto á la causa que os obliga á huirme, me es indiferente... Adios, caballero... Sois un hombre de honor, no dudo de vuestra discrecion.

Y la señora de Hansfeld hizo un movi-

miento para salir.

Mr. de Morville la detuvo respetuosamente por la mano.

—Aun un instante. señora... Jamas sin duda volveremos á hallarnos solos... Sabed al menos parte de mi secreto... Entonces me compadecereis acaso..... si.... pues sabreis la energia que necesito para huiros, señora... cuando un sentimiento contrario al ódio... ¡Oh! no tomeis esto por una palabra de galanteria... Por favor, escuchadme.

La señora de Hansfeld, que se habia levantado, se volvió a sentar y escuchó en silencio á Mr. de Morville.

V.

La declaracion.

Cuando llegásteis á Paris, señora, dijo Mr. de Morville á la señora de Hansfeld, antes de ir á ocupar el hotel Lambert, habitásteis durante algun tiempo la calle de Saint-Guillaume: ignorabais sin duda que la casa de mi madre era vecina á la vuestra.

—Lo ignoraba, caballero.

—Permitid que entre en algunos pormenores, acaso pueriles, pero indispensables... En la casa de mi madre, una ven-

tanita alta, estrecha, casi enteramente ocultada por inmensos enramados de yedra, caía á vuestro jardín... Desde allí os ví por la primera vez, sin que lo supieseis, señora, pues debíais creer, que nadie en el mundo podía veros en aquel paseo cubierto y oculto, en que teníais costumbre de pasearos.

La señora de Hansfeld pareció reunir sus recuerdos, y dijo:

—En efecto, caballero, me acuerdo de esa pared tapizada de yedra; pero ignoraba que una ventana se ocultase allí.

—Perdonadme la indiscrecion que cometi entonces, señora, pero debia serme funesta.

—Explicaos, caballero.

—Retenido junto al lecho de mi madre enferma; salia muy poco; mi único placer consistia en ponerme á esta ventana. La esperanza de veros me fijaba largas horas tras aquella cortina de yedra que la encubria. Llegaba en fin el momento de vuestro paseo... Errábais, ora á pasos precipitados, ora á pasos lentos... Triste y desanimada os dejábais caer algunas veces so-

bre un banco de mármol, donde permaneciais largo tiempo ocultando la cabeza entre las manos... ¡Oh, cuántas veces después de estas largas meditaciones os he visto levantar los ojos bañados de lágrimas!...

A este recuerdo Mr. de Morville no pudo vencer la emoción de su voz.

La señora de Hansfeld, le dijo con sequedad:

—No se trata, caballero, de impresiones mas ó menos fugitivas que pudisteis indirectamente sorprender, sino de un secreto de que creéis deber instruirme.

Mr. de Morville miró tristemente á la señora de Hansfeld y continuó:

—Al cabo de algunos días, perdonad mi presunción, señora, creí adivinar el motivo de vuestras penas...

—Sois penetrante, caballero,

—Sufria yo entonces un dolor semejante al que me parecia afligiros... y he ahí el secreto de mi penetración.

—Caballero, no puedo creer que habéis con seriedad... y una chanza seria muy fuera de propósito.

—Hablo con seriedad, señora.

—¿Con que, caballero, dijo la señora de Hansfeld, acompañando estas palabras con una burlona sonrisa, ¿me suponeis pesares y pretendéis saber su causa?

—Hay síntomas que nunca engañan.

—La espresion de todos los dolores es la misma, caballero.

—¿Ay señora! Solo hay una manera de llorar un objeto amado.

—¿Es una confidencia, caballero?....
¿Una alusion á vuestras penas amorosas...
á vuestros recuerdos...?

—¡Ay señora! ya no tengo recuerdos. vos me habeis hecho olvidar lo pasado.....

—No os comprendo, caballero. Se trata de un secreto que juzgábais á proposito confiarme, y hasta ahora...

—Aun una palabra, señora. Un sentimiento profundo, que habia creido inalterable, un recuerdo bien caro, se borraba poco á poco, y á pesar mio, de mi corazon. En vano maldecia yo mi debilidad, en vano preveia las penas que me causaria este amor. El encanto era demasiado poderoso... cedí... Desde entonces solo

tuve un pensamiento... una debilidad... un deseo... una felicidad... Veros... veros... ¡oh! ¿Sabeis lo que es veros?... Yo contemplaba vestras facciones, ora mediatundas, melancólicas ó desoladas, ora agitadas por una desesperacion profunda y violenta, causada por la ausencia ó la pérdida de lo que amamos...

La señora de Hansfeld se estremeció; mas permaneció muda.

—¡Ah, señora! Habia yo sufrido demasiado para no reconocer en vos los mismos sufrimientos por ciertos signos indefinibles, y sin embargos sensibles. ¡Con qué triste curiosidad procuraba yo sorprender sobre vuestro semblante vuestros menores pensamientos! La parte del jardin que preferiais, se hallaba separada del resto de la habitacion por un enverjado de hierro que abriais y cerrábais vos misma... Viendo yo que soliais entrar sola en este paseo reservado, aventuré una locura que por lo menos no podia ser peligrosa...

Cada día echaba al pie del banco en que teniais costumbre de sentaros una especie de recapitulacion de los pensamien-

tos que en mi concepto debian haberos agitado la vispera. ¿Cómo esplicaros mi angustia la primera vez que os vi tomar una de estas cartas? Jamás olvidaré la impresion de sorpresa que se pintó en vuestro semblante. Despues de haberla leído.... perdonad los desvarios de un loco, pero no os creí irritada por haber sido así adivinada, pues en lugar de romper mi carta la guardásteis... Un dia vuestra agitación era tal que no visteis mi carta... pareciais trasportada de cólera y de dolor... Mi instinto me dijo que aquella pena no era nueva, me pareció que debia haberse despertado en vos un funesto recuerdo... Os escribí en este sentido y al otro dia, cuando leisteis mi carta, vuestras lágrimas corrieron.

La señora de Hansfeld hizo un movimiento.

—Oh! Perdonadme, señora, si me detengo sobre estos recuerdos Ellos hacen mi único consuelo. Así pues, animado por la especie de curiosidad con que pareciais esperar mis billetes, os escribia todos los dias. Desgraciadamente el estado

de mi madre se alarmó hasta el punto de alarmarnos. Durante dos noches no me separé de su cabecera... no pensaba mas que en ella. El peligro disminuyó; mis inquietudes se calmaron. Mi primer pensamiento fué correr á mi preciosa ventana. Poco tiempo despues entrasteis en nuestro paseo. Apenas pude creer á mis ojos cuando os vi correr ligeramente al banco de mármol.... Un movimiento de impaciencia se os escapó viendo que no habia carta... Lo interpreté favorablemente.

Mr. de Morville miró con inquietud á la señora de Hausfeld, que, con los ojos bajos y los brazos cruzados sobre el pecho, permaneció impasible.

Hablando de esta suerte, instruyendo á la señora de Hansfeld de circunstancias que sorprendiera, monsieur de Morville empleaba sus últimos recursos, y como suele decirse, «quemaba su flota» mas no debia volver á ver á la princesa, sin lo cual no hubiese cometido semejante imprudencia.

—¿Qué mas os diré, señora? añadió. Hacia dos meses que gozaba de la inefable

felicidad de veros así cada día, cuando supe que abandonásteis la casa vecina á la nuestra, para ir á habitar á la isla Santa Louis, antiguo hotel Lambert. Entonces mi dolor fué profundo... ¡Oh! ¡bien profundo... Acaso entonces, y solo entonces sentí cuánto os amaba, señora...

A estas últimas palabras, pronunciadas por Mr. de Morville con voz conmovida, la señora de Hausfeld levantó vivamente la cabeza; un ligero rubor cubrió su pálido semblante, y respondió con tono de hurta glacial:

—Esta singular declaracion, ¿es sin duda indispensable á la revelacion del secreto, que creéis deberme confiar, caballero?

—Sí, señora...

—Os escucho...

—Hasta el momento en que abandonásteis la habitacion vecina á la de mi madre, os habia encontrado en casa de algunas personas conocidas; no habia querido dar ningun paso para tener el honor de seros presentado. Yo encontraba un poderoso encanto en el misterio que rodeaba mi amor;

os era absolutamente desconocido, yo que os conocia tan bien, yo testigo invisible de todas las emociones que revelara vuestra fisonomia; y luego hablaros de cosas indiferentes en medio de los frios respetos de la sociedad, ¿qué hubiera sido esto para mí en comparacion de mis largas horas de contemplacion silenciosa y apasionada?

Mas cuando vuestra ausencia me privó de esta dicha de todos los dias. conocí el precio de las relaciones mundanas que desdenara hasta entonces, y resolví el seros presentado. Acabábais de estrechar vuestras relaciones con una de mis tias la señora de Lormoy, que os profesa la mas alta estimacion. Como todo el mundo ignoraba mi tia mis felices y misteriosas relaciones. La supliqué que me presentase en vuestra casa. Por desgracia, al dia siguiente al en que esta gracia me fué prometida, se me hizo una revelacion tal... que lejos de tratar de buscaros señora, debí huiros... Sin la deplorable salud de mi madre, hubiera abandonado la Francia; para evitar todas las ocasiones de veros y de avivar mi funesta pasion... ¡oh! bien funesta, pues si vuestra

indiferencia me aflige, vuestro amor me causaria la mayor desesperacion... Me mirais con sorpresa?... ¿no me comprendeis?.... ¡Y bien! Sabedlo, pues, señora; y perdonad mi insensata suposicion... Aun cuando me amaseis tan perdidamente como yo os amo, fuera yo el mas desgraciado de los hombres... pues no podria responder á este amor inesperado, sin dar á mi madre un golpe mortal.... sin hollar el mas santo deber... el juramento mas sagrado, sin ser en fin, perjuro y criminal!...

—¿Criminal!.... exclamó la señora de Hansfeld medio levantándose con las facciones trastornadas por el temor y por la afliccion.

Este grito involuntario era una confesion: traducia el amor de la princesa, amor profundamente oculto hasta entonces.

Si Mr. de Morville hubiera sido indiferente á la señora de Hansfeld, ¿hubiese ella manifestado tal miedo, tal desesperacion? No, sin duda. Mas veia elevarse entre ella y Mr. de Morville una barrera insuperable. ¿No habia dicho él: «si me amaseis, seria el mas desgraciado de los hombres, pues no

podria amaros, sin perjurio, sin crimen, sin dar un golpe mortal á mi madre?»

Y Mr. de Morville era citado por su lealtad y solo vivia para su madre....

La señora de Hansfeld comprendió la importancia de la espresion que se le escapara. Un relámpago de felicidad brilló en las facciones de Mr. de Morville... Su instinto no le engañó....se creyó amado: mas pasada esta primera embriaguez, se estremeció al contemplar el abismo de males y dolores que la involuntaria confesion de la señora de Hansfeld abria á sus pies.

La princesa se poseia demasiado para no vencer la emocion que le hiciera un momento de traicion. Esperando engañar á Mr. de Morville, le dijo sonriéndose, y con un tono de ligereza que contenia todas sus ideas:

—Confesareis, caballero, que mi sorpresa, y aun diré mi espanto, ha sido bien natural... oyéndoos decir, que mi amor podia tener tan terribles resultados.... El crimen..... el perjurio....¡Dios mio!... Aun me estremezco. Juzgad pues qué feticidad para vos.... sobre todo cuando me veis per-

fectamente indiferente á esta pasion.... profunda que creéis experimentar.....

En verdad, caballero, sois demasiado feliz... Teneis para preservaros en la frente de la tentacion de amarme, no solamente mi indiferencia sino los mas graves motivos que puedan determinar á un hombre como vos... Unicamente se me figura que entre los formidables obstáculos que deben tan mortalmente contrariar mi amor por vos, caballero, hubierais podido decir una palabra de mi casamiento con Mr. de Hansfeld. Me permitireis el señalaros este olvido, y confesaros que este obstáculo es á mis ojos el mas serio de todos... Me resta, caballero, hablaros de las cartas que he recibido de vos porque no podia rehusarlas, que he leído... y algunas veces conservado porque una compilacion de ideas tan espiritualmente escritas y atribuidas como aquellas lo eran, á un ser imaginario, no puede pasar por una correspondencia. Teneis demasiado mérito, caballero, para ser vano; no heriré vuestro amor propio de «autor,» añadió la princesa sonriéndose; confesándoos ademas que si lei aquellas

«obras» distinguidas, siempre con curiosidad, á menudo con viva emocion, fué en algun tanto debido al misterio que rodeaba aquella correspondencia de que solo vos hacíais los gastos, y tambien porque la casualidad os inspiraba á veces pensamientos muy tiernos que me conmovian hasta hacerme verter lágrimas... pues tengo la desgracia... ó mas bien la dicha de llorar á la lectura de la menor novela sentimental.

— ¡Ah! señora, satirizais cruelmente.

— Quisiera al menos, caballero, que esta entrevista empezada bajo tan sombríos auspicios, se terminase un poco mas alegremente... ¿No estamos en el baile de la Ópera?... Por otra parte ¿por qué, caballero, separarnos tan tristemente? Os creí instruido de un secreto poco risueño... Me equivoqué y me hallo completamente tranquila... Tengo para defenderme contra vuestras seducciones mi respeto por mis deberes, mi indiferencia, y el juramento que habeis hecho... Nuestra posicion se encuentra perfectamente determinada, ¿qué mas podemos desear?... Adios, caballe-

ro... Esta entrevista me ha confirmado en todo el bien que se dice de vos... Sé que es inútil recomendaros el secreto sobre este paso, que pudiera ser indignamente calumniado... Parece mas prudente que yo salga de aquí la primera,

—Tendreis á bien esperar algun tiempo antes de salir del palco.

Y la señora de Hansfeld se levantó, volvió á poners la máscara y se dirigió hacia la puerta.

— ¡Ah! señora, por favor... una palabra, la última palabra, exclamó Mr de Morville, apenas vuelto de su sorpresa, precipitándose hacia la puerta.

La señora de Hansfeld hizo un gesto tan altivo, tan imperioso, que Mr. de Morville no insistió para prolongar esta conversacion.

La princesa abrió la puerta y salió.

Pocos momentos despues la imitó Mr. de Morville.

Al pasar cerca del arcon de que hemos hablado, notó algun tumulto. La muchedumbre era compacta; obligado á esperar para hacerse paso, Mr. de Morville oyó

estas palabras:

—¡Peste!... Brevannes, decia el malicioso dominó que desde el principio del baile permaneciera sentada en el arcon, ¡qué efecto produces! ¡en qué grito ha prorumpido al verte ese dominó con lazo de cintas amarillas y azules.

—Niego el hecho: respondió alegremente Mr. de Brevannes. Yo no soy mas responsable que Fierval de Herouville, del grito ahogado que dió ese hermoso dominó, pasando cerca de nosotros todos.

— Aunque hubiera visto al diablo en persona, no hubiera parecido mas asustado ese dominó, dijo Mr. de Fierval.

Mr. de Morville escuchó con mucha atencion cuando vió que se hablaba de la princesa. Se acordarán nuestros lectores que llevaba un lazo de cintas amarillas y azules que no pensó en arrancarse cuando hubo hallado á Mr. de Morville precaucion que habia tomado este.

—Acaso es una de vuestras víctimas, mónstruo, dijo riéndose Mr. de Fierval á Mr. de Brevannes.

—La desgraciada lo habrá reconocido

de repente, dijo otro.

— ¡Luffel!

— Monstruo de perfidia!

— ¿Quién sabe? dijo el malicioso dominó, acaso será tu muger, Brevannes.

Una carcajada de risa universal acogió esta chanza.

— Al menos sería esto muy picante... Acaso le has ocultado que venia al baile de la ópera... En su candor lo habrá creído ella... y en su candor habrá venido por su lado tambien.

Mr. de Brevannes sufría las mil maravillas toda clase de chanzas, salve las concernientes á su muger; no pudo disimular su mal humor, trató de romper la combersacion, diciendo á Mr. de Fierval:

— Venis á cenar, Fierval? Ya es bastante tarde.

— Oh! Horrible celoso, exclamó el dominó. Es capaz de dar cuando vuelva á su casa un rato terrible á su desgraciada muger; ¿y por qué? por la estúpida chanza de un dominó... Pobre Berta!

— La prueba de que no estoy picado, bella máscara, dijo Mr. de Brevannes con

una sonrisa forzada, y de que no te guardo rencor, es que me tendria por muy feliz si quisieras venir á cenar con nosotros.

—Soy demasiado generosa para aceptar... No podria menos de decirte muy duras verdades... lo cual seria sumamente fastidioso para los convidados... La única compensacion que podria ofrecerles, es el mostrarte bajo un nuevo y muy feo aspecto... Y por último, no me conviene aun el hacer una ejecucion pública... Si no te enmiendas... si vuelves aquí... yo te hallaré en uno de los próximos sábados, y entonces... cuidado con lo que haces... este arcon me serviria de tribunal... y oirás singulares cosas si osas presentarte... Mas no lo osarás.

—El... Brevannes... no osará? dijo riendose Fierval.

—Segun eso le conoceis, bella máscara?

—¿Pues no sabes que puede todo lo que quiere? dijo otro.

—Espero que no retrocedereis, Brevannes, y que vendreis el sábado, enmendado ó no, replicó Fierval.

—No tengo nada que añadir, bella máscara, replicó Brevannes Estos caballeros son mis fiadores hasta el sábado... Si es un desafío, lo acepto.

—Hasta el sábado, dijo el dominó. Mas te lo repito: el grito de sorpresa, cuasi de terror dado por el dominó del lazo amarillo y azul fué causado por tí.

—Vamos... estás loca. Y puesto que no quieres venir á cenar con nosotros, te dejo.

—Sí .. pero hasta el sábado.

—Hasta el sábado, replicó Brevannes alejándose.

Mr. de Morville habia escuchado atentamente esta conversacion. No dudaba que la vista de Brevannes causara en efecto la sorpresa y el espanto de la princesa.

En la entrevista que acababa de tener con la señora de Hansfeld, esta habia nombrado á Mr. de Brevannes como una de las dos personas que poseian el secreto, cuya revelacion temia tanto.

¿Qué podia haber de comun entre Mr. de Brevannes y la princesa de Hansfeld?

¿Dónde la habia él conocido?

¿Cuál era ese secreto que poseía?

La satírica sangre fría de la princesa, al fin de la conversacion que tuviera con Mr. de Morville, ¿era real ó afectada?

Tales fueron las reflexiones que se ofrecieron á Mr. de Morville, volviendo tristemente á su casa.



VI.

M. de Brevannes.

Algunas palabras sobre M. de Brevannes, actor importante en esta historia, son aquí necesarias.

El padre de Mr. de Brevannes se llamaba José Burdin. Originario de Lyon, vino á buscar fortuna á París en tiempo del directorio. A fuerza de maña, de perseverancia y de conocimiento en los negocios, realizó en pocos años en el abastecimiento de los ejércitos, una de esas escandalosas for-

tunas tan frecuentes en aquella época.

Rico ya, el nombre de Burdin le pareció vulgar. Compró la tierra de Brevannes en Lorena. Se llamó durante algun tiempo Burdin de Brevannes, y por último suprimió el Burdin, llamándose solo de Brevannes. Su muger, hija de un escribano muy rico que se habia arruinado en falsas especulaciones, murió poco tiempo antes de la Restauracion.

Mr. de Brevannes no le sobrevivió por mucho tiempo. La tutela de su hijo Cárlos de Brevannes fué confiada á uno de sus antiguos sócios. Sea incuria, sea infidelidad, este hombre no administró ventajosamente los intereses de su pupilo, quien, mayor en 1835, solo se halló en posesion de 40,000 francos de renta.

Mr. de Brevannes, volviendo á hallar en el mundo varios de sus compañeros de colegio, gozó durante algunos años de la alegre vida de muchacho, sin llevar por eso sus gastos hasta la prodigalidad. Era egoista y económico.

Hácia fines de 1831 se casó con Berta Raimond.

Para explicar este casamiento, es necesario pintar el carácter de Mr. de Brevannes. Bastante mal educado, no habiendo recibido mas que la superficial instruccion de colegio, nada habia suavizado su genio naturalmente fogoso. El rasgo culminante de este carácter singularmente enérgico y orgulloso, era una increíble obstinacion de voluntad.

Para llegar á sus fines, Mr. de Brevannes no retrocedia ante ningun sacrificio, ante ningun esceso, ante ningun impedimento.

Lo que deseaba queria poseerlo, tanto por satisfacer su gusto, su capricho de un momento, como por satisfacer la especie de tenaz orgullo que ponía en salir con la suya, de grado ó por fuerza, cueste lo que cueste, en todo lo que emprendia.

Mr. de Brevannes llevaba la economía hasta los límites de la avaricia, la personalidad hasta el egoismo, la aridez de alma hasta la dureza. ¿Era preciso triunfar de un obstáculo? Todo en él era abnegacion, generosidad, delicadeza, si esto podia servir á sus proyectos; mas vencido el obstá-

culo, estas cualidades efímeras desaparecían con las causas que las produjeran; su carácter natural volvía á tomar su curso, y sus malas inclinaciones se resarcían de una sujeción momentánea, redoblando su violencia.

Por desgracia las gentes de este temple vigoroso, resuelto, prueban con frecuencia que para ellos «querer es poder,» como decía Mr. de Brevannes.

Hablemos ahora de su matrimonio.

Mr. de Brevannes habitaba en París el primer piso de una casa que le pertenecía. Nuevos inquilinos vinieron á ocupar dos cuartitos del cuarto piso. Eran estos Berta Raimond y su padre. (Madama Raimond había muerto hacía mucho tiempo).

En un principio, Pedro Raimond fué grabador en dulce; pero su vista se había debilitado en términos que ya no grababa mas que música. Berta, excelente artista, daba lecciones de piano. Gracias á estos recursos, el padre y la hija vivían en una cómoda medianía.

Berta era notablemente bonita. Mr. de

Brevannes la encontró á menudo; sintió por ella un afecto bastante vivo y se introdujo en casa de Pedro Raimond bajo un pretexto de propietario.

Mr. de Brevannes tenia una destestable idea de la humanidad. Esperaba con la ayuda de algunos requiebros, de algunas liberalidades triunfar de la virtud de Berta y de los escrúpulos de Pedro Raimond. Se engañó. Al tiempo de pagarle el primer término del modesto alquiler de sus dos cuartos, el grabador previno á Mr. de Brevannes que saldria de su casa al término siguiente y rogó muy secamente que cesasen sus visitas que por otra parte fueron muy reducidas.

Este revés picó á Mr. de Brevannes; aquella resistencia inesperada irritó sus deseos, hirió su orgullo; su capricho se convirtió en amor, al menos tuvo de este la ardorosa impaciencia.

Habiendo logrado algunas conversaciones con Mlle. Raimond, ora siguiéndola en la calle cuando iba á dar las lecciones, ora encontrándola en casa de una de sus alumnas, Mr. de Brevannes consiguió entablar

una correspondencia con Berta y bien pronto fué amado de ella. Mr. de Brevannes era jóven, tenia talento y buenas maneras, una figura, si no hermosa, al menos varonil y espresiva. Berta no resistió á estas ventajas, mas su amor era tan casto como su alma, y las malas esperanzas de Mr. de Brevannes fueron engañadas. Confesándole ingénuamente su amor de que no tenia que ruborizarse, Berta le dijo que era demasiado rico para casarse con ella, que por consiguiente era preciso romper unas relaciones vanas para él, dolorosas para ella.

El fin del término llegó. Berta y su padre fueron á establecerse á uno de los barrios mas retirados de París, calle Pouthier, isla Saint-Louis.

Esta partida hirió de nuevo el orgullo y el corazon de Mr. de Brevannes. Descubrió el sitio donde se habia retirado la jóven, pretestó un viaje de algunos meses, y fué secretamente á establecerse á la isla Saint-Louis, en una casa de huéspedes del pretil D'Orleans, muy cerca de la calle donde vivia Pedro Raimond.

La vez primera que Berta volvió á ver á Mr. de Brevannes, su emocion, que no pudo reprimir, tradujo la constancia de sus sentimientos por él. Nada le ocultó ella, ni el gozo que le causaba su vuelta, ni las lágrimas crueles, y sin embargo queridas, que vertiera durante su ausencia.

A pesar de estas confesiones, Mr. de Brevannes no fué mas feliz. Seducciones, astucias, promesas, arrebatos, desesperacion, todo vino á estrellarse ante la virtud de Berta; virtud sencilla y fuerte como su amor.

Los que conocen el corazon del hombre y sobre todo de los hombres orgullosos y tercios como Mr. de Brevannes, comprenderán sus amargos resentimientos contra esta jóven, tan inflexible en su pureza, como él en su corrupcion.

Un hombre no perdona jamás á una mujer el haber escapado por astucia, por instinto ó por virtud, al lazo deshonoroso que le tendiera.

Imposible fuera enumerar las imprecaciones «mentales» que Mr. de Brevannes echó sobre Berta: llegó hasta suponer es-

ta enormidad, «que por su calculada resistencia, esta chicuela tenia la mira de precisarle un dia á casarse con ella.»

¡Abominable maquinacion tramada sin duda con el viejo grabador!

Mr. de Brevannes se encogió de hombros, pensando en una maniobra tan odiosa como absurda, y resolvió salir de Paris. Antes de partir, tuvo una última entrevista con Berta. Esperaba asistir á una escena de desesperacion: halló á la jóven triste, pero tranquila y resignada. Jamás se hiciera ilusion sobre su amor por Mr. de Brevannes, y esperaba siempre las tristes consecuencias de su desgraciado afecto.

Y luego ademas, ¡cosa singular! Pedro Raimond, artista probo, austero, de un rigorismo estóico, habia infundido á su hija tales ideas sobre la riqueza, que la desproporcion de fortuna, que existia entre Mr. de Brevannes y Berta, parecia á esta tan insuperable como la distancia que separa á un rey de una hija del pueblo.

Asi que lejos de preguntarle, porque siendo libre no la hacia su esposa, medio

muy sencillo de poner de acuerdo el amor y el deber. Berta habia confesado ingénuamente á Mr. de Brevannes que su amor era tanto mas desesperado, cuanto que Pedro Raimond, en su orgullosa pobreza, no consentiria jamás en casar á su hija con un hombre rico.

En el momento de separarse de Mr. de Brevannes, Berta le prometió hacer lo que pudiera por olvidarle, á fin de casarse con un hombre pobre como ella; y si no, no se casaria nunca.

Estas palabras, exentas de toda exageracion, sencilla como la pobre jóven que las pronunciaba, no hicieron ninguna impresion en Mr. de Brevannes. En la angelical resignacion de Berta, solo vió una evidente y última prueba del complot que se tramara contra él, á fin de conducirle á un matrimonio absurdo.

Mr. de Brevannes partio, pues, para los baños de mar de Dieppe, creyéndose perfectamente libre de su amor. Satisfecho de haber escapado del lazo indigno que se le tendiera, esperaba con rencorosa impaciencia un humilde ruego para que regresase,

ruego que se preparaba á acoger con el último desprecio. Pero con grande admiracion suya no recibió ninguna noticia de Berta.

En Dieppe, Mr. de Brevannes encontró una madame Beauvoisis (el dominó del arcon), muy bonita, muy á la moda en ciertos círculos, muy coqueta y muy amada de un hombre de los mas agradables.

Para vengarse del silencio de Berta y de algunos recuerdos importunos, y tambien para realzarse á sus propios ojos de su revés con la hija del grabador, Mr. de Brevannes quiso agradar á Madme. Beauvoisis, y suplantar al amante amado. Lo consiguió.

Mr. de Brevannes fué tanto mas irritado, tanto mas humillado de no haber podido obtener nada de Berta, cuanto quela «conquista» de Mad. Beauvoisis le pareció mas lisongera. Su amor propio le encardeció al pensar que una desgraciada chicuela pobre, desconocida, hubiera osado resistir al hombre á quien una muger muy deseable habia acogido.

Estamos lejos de sostener que Mr. de

Brevannes no tuviese amor por Berta; mas en él las tiernas esperanzas del amor, sus encantadoras impaciencias, sus temores melancólicos, se convirtieron en desenfrenados deseos, en orgullosa irritación.

Reasumia amarga y brutalmente la cuestión, diciéndose:

—Se me ha puesto en la cabeza que esta muchacha será mia... y cueste lo que cueste, será mia.

Furioso de no recibir cartas de Berta despues de seis semanas que se habian separado, Mr. de Brevannes rompió bruscamente con Mad. Beauvoisis, el ídolo de los baños de Dieppe, y volvió á enterrarse en la isla Saint-Louis. Cuando llegó, Berta se moria, no habia podido resistir á tantas penas...

Cuasi conmovido por esta prueba de amor, queriendo por otra parte que á todo precio aquella jóven le perteneciese; Mr. de Brevannes, á pesar de su resolucion de no haver jamás un matrimonio «de lobo,» como él decia, fué á buscar á Pedro Raimond, y le pidió formalmente la mano de su hija, esperando ser el objeto de una esplosion

de reconocimiento de parte del anciano grabador.

Cosa increíble, inaudita, exorbitante, que echaba por tierra todas las ideas de Mr. de Brevannes. Pedro Raimond no quiso consentir en esta union.

Mr. de Brevannes nació rico, Berta nació pobre: no habia entre ellos ninguna simpatía de clase, ninguna conveniencia de posicion, ninguna conexi3n de hábitos, de educacion, de principios. Por consiguiente, ninguna garantía de felicidad para el porvenir.

Tal fué el tema invariable de Pedro Raimond.

Habia en la manera absoluta, con que este hombre austero miraba la distancia que separaba á los ricos de los pobres, mas altivez que humildad. Establecia entre estas dos condiciones, que él consideraba como heterogéneas é inconciliables, una linea tan profunda é insuperable como la que los republicanos trazan entre ellos y los aristócratas.

La enérgica obstinacion de Mr. Brevannes se hubiera estrellado ante la orgullosa

pobreza de Pedro Raimond, si la vida de Berta no se hubiese hallado en peligro.

El instinto de un padre es siempre de una perspicacia admirable; cuando este instinto se une á un buen sentido, llega hasta la adivinacion.

Pedro Raimond presentía la suerte de su hija. Sin embargo, obligado á optar entre la muerte de esta hija querida, y un porvenir temible, que acaso seria posible conjurar, el grabador consintió en fin en el matrimonio que se celebró poco despues de la llegada de Mr. de Brevannes.

Berta no habia dudado un momento del amor de su marido.

Aquel corazon sencillo y bueno, noble y confiado, no pudo defenderse contra el querer implacable de aquel hombre cuyos violentos arrebatos la lisongearan. En su ingénua vanidad, la jóven se preguntaba con cierto orgullo si no era preciso que Mr. de Brevannes la amase mucho, para haber llevado adelante sus designios con tan enérgica tenacidad.

La pobre Berta confundia la orgullosa obstinacion de un espíritu impaciente por

toda resistencia, con la abnegacion, con el tierno rendimiento de la pasion.

Mr. de Brevannes era capaz de emplear todos los medios posibles, aun las vias en apariencia mas hoarosas para llegar á sus fines; mas estos conseguidos, era tambien capaz de vengarse cruelmente de los sacrificios que él mismo se impusiera para triunfar en una lucha en que su orgullo se hallaba tan interesado como su amor.

Para este carácter intratable, el dia siguiente al de la victoria, raras veces era feliz. Cuanto mas rudo fuera el ataque, cuanto mas durara la resistencia mas sufría su vanidad. En el calor de la accion olvidaba las heridas de su amor propio; mas despues del suceso, sentia dolorosamente estas llagas sanguinolentas, y su carácter verdadero volvía á tomar su curso.

Cuando la fiebre del obstinado querer que habia obligado á Mr. de Brevannes á casarse con Berta, hubo cesado, se arrepintió cruelmente de este matrimonio... Si... tuvo vergüenza de su enlace con una jóven oscura y pobre. Cuando pensaba en los ricos partidos que hubiera podido pretender,

las encantadoras cualidades e la hermosura, el alma angelical de Berta, le parecian apenas un consuelo. Se creyó el objeto de todos los sarcamos; no debia haber burla asaz picante para calificar su ridículo matrimonio de inclinacion.

Mr. de Brevannes se engañaba, Muchas gentes viéndole tomar por esposa á una jóven bella, virtuosa y pobre, le atribuyeron un carácter generoso, elevado; se preconizó, se enlazó su admirable desinterés, y fué absuelto de antemano de todos los tormentos que podia hacer sufrir una muger por quien lo habia hecho todo.

Los unos miraron la conducta de Berta como obra maestra de astucia y de habilidad; los otros se burlaron de Mr. de Brevannes y de su matrimonio de inclinacion, porque se burlan generalmente de todo el mundo.

Nadie sospechó el verdadero motivo de este matrimonio y que la obstinacion de Mr. Brevannes tuviera en él por lo menos tanta parte como su amor.

Ultimo rasgo del carácter de Brevannes.

Hacia cuatro años que estaba casado. Berta mas cariñosa, mas resignada que nunca: no le daba el menor motivo de queja. Aunque le hiciera abiertamente frecuentes infidelidades, aunque le diera algunas veces rivales de la mas baja esfera, la desgraciada vertia secretamente las mas amargas lágrimas, mas nunca se quejaba.

A pesar de esta paciencia, á pesar de esta inalterable dulzura, Mr. de Brevannes, bajo el mas frívolo pretesto, se abandonaba algunas veces á celosas so pechas las mas inconcebibles.

No eran estos violentos celos una prueba del amor de Mr. de Brevannes. Si se abandonaba á un furor sin limites, á la sola idea, completamente falsa é injusta, de que su mujer pudiera serle infiel, era, sobre todo, porque la falta de Berta hubiera cubierto (asi lo pensaba) de indeleble ridiculo «su matrimonio de inclinacion,» al cual lo habia sacrificado todo. Mr. de Brevannes queria al menos poder vanagloriarse de la conducta irrepensible, ejemplar, de la mujer pobre y oscura que habia escogido.

A los 18 meses de matrimonio Mr. de Brevannes fastidiándose mucho de su felicidad, hizo un viage de algunos meses á Italia dejando á su mujer bajo la proteccion de Pedro Raimond, cuya austera moralidad conocia por otra parte. El anciano grabador no quiso jamás ir á habitar con su hija en casa de Mr. de Brevannes. Durante la ausencia de su marido, Berta fué á establecerse junto á su padre en la isla Saint-Louis y volvió á tomar en la calle Pouthier cuartito de doncella.

Desde este viage á Italia, donde conoció á la señora de Hansfeld, como se verá mas adelante, el humor de Mr. de Brevannes se habia considerablemente agriado; su carácter se hizo sombrío, irascible, y con frecuencia de una dureza cruel. Este cambio hacia sufrir dolorosamente á la desgraciada Berta. Estos preliminares establecidos, sigamos á Mr. Brevannes á su casa de vuelta del baile de la Opera, donde fuera tan malignamente intrigado por Mad. de Beauvoisis. (El dominó del arcon.)

VII.

La señora de Brevannes.

La casa cuyo primer piso ocupaba Mr. de Brevannes, se hallaba situada calle de Saint Florentin. Muy indiferente á los goces y delicado esmero de «su interior,» habia encargado á su tapicero que lo «amueblase» ricamente. Gracias á esta latitud dejada al tapicero, la casa tenia completamente el aspecto de lo que se llama una hermosa habitacion amueblada, es decir, el aspecto

mas insignificante, mas triste, mas frio, que pueda imaginarse. Nada de particular, ningun objeto personal que traduzca un gusto, una pasion. Ni un retrato, ni un cuadro, ni un objeto de arte. La única pieza de esta vasta habitacion, que no tuviera este aspecto vulgar y glacial, era un saloncito que Berta ocupaba generalmente.

A pesar de la hora avanzada de la noche (las cuatro de la mañana), á esta pieza es á donde conduciremos al lector.

La señora de Brevannes, siempre inquieta por las prolongadas ausencias de su marido, se acostaba rara vez antes de estar segura de su vuelta.

Son pues las cuatro de la mañana. Berta sentada en un sillón, las manos cruzadas sobre sus rodillas, mira maquinalmente el hogar que se apaga. Una lámpara colocada cerca de ella sobre un veladorcito, donde se ve un libro entreabierto, ilumina vivamente sus facciones y brilla sobre sus bandós de cabellos castaños que no dejando ver mas que el lóbulo de su pequeña oreja color de rosa, van á perderse en la espesa trenza que se tuerce de-

trás de su cabeza.

Lo que mas sorprendia á primera vista en el gracioso rostro de Berta, era su expresion de angelical bondad. Cuando levantaba sus grandes ojos azules, tan hermosos y tan dulces, el encanto era irresistible. Su boca un poco seria, parecia mas bien hecha para la sonrisa benévola y afectuosa que para la risa de bulliciosa alegría. Su cuello, blanco y torneado, un poco largo, se encorvaba con indecible gracia, cuando inclinaba la cabeza sobre su seno.

Berta llevaba un vestido gris claro, cuyo pálido matiz se hallaba perfectamente en armonía con su blanca tez. A un lado de la chimenea se veia un piano abierto y cargado de música. Encima dos retratos de desigual dimension, representando al padre y á la madre de Berta. Un gran número de modestos cuadros de madera negra, encerrando grabados en dulce, formaban la obra de Pedro Raimond, adornaban este pequeño salon, tendido de papel rojo aterciopelado, y le daban una apariencia muy diferente del resto de la

habitacion. En fin, sobre la chimenea se veian una antigua péndola de embutido y dos pequeños candelabros, blancos y azules, de porcelana esmaltada de Limoges, que pertenecieron á la madre de Berta y fueron el regalo de boda del grabador.

Una lágrima, por largo tiempo suspendida al extremo de las largas pestañas de Berta, rodó sobre su mejilla como una gota de rocío. Berta se estremeció... Su seno se agitó un momento, su frente se cubrió de súbito rubor, y luego volvió á caer en su profunda apatía.

Diremos en dos palabras la causa de la tristeza y del abatimiento de Berta.

Durante su última permanencia en Lorena, monsieur de Brevaunes habia dado una proteccion demasiado particular á una de las doncellas de Berta. La insolencia de esta criada hizo abrir los ojos á Berta, ó por lo menos concebir sospechas bastante violentas para exigir que se despidiera á aquella muger.

—Esta escena cruel tuvo lugar algunos dias antes de la vuelta de Mr. de Brevaunes á Paris, y dejó dolorosos resentimien-

tos en el corazón de Berta. Las infidelidades de su marido la hicieron sufrir á menudo, mas nunca le impusieron semejante humillacion.

Dieron las cuatro de la mañana.

Absorta en su profunda meditacion.... la señora de Brevannes no creia la noche tan avanzada; un carruaje se paró en la puerta. Berta se arrepintió de haber velado tanto; una vez por todas la habia prohibido su marido el que le esperase; aun sus criados debian acostarse. Habitualmente entraba por una puertecita falsa de que tenia la llave, y le era preciso atravesar el pequeño salon de Berta, para ir á uno de los dormitorios que comunicaban con esta pieza.

Cuando apareció su marido, Berta se levantó y se adelantó hácia él procurando sonreirse, á fin de conjurar la tempestad que temia.

Las facciones contractadas de Mr. de Brevannes atestiguaban su mal humor. Las vagas palabras lanzadas á la casualidad por Mad. de Beauvoisis, sobre su viaje á Italia despertaron en él una

multitud de penosas ideas, forzosamente contenidas durante el baile y la cena. Casi se alegró de hallar á su mnger aun levantada; suscitándole una querella, esperaba desahogar la amargura que lo devoraba.

—¡Cómo! exclamó, aun no estais acostada! á las cuatro de la mañana! ¿En qué pensais? Soy ó no dueño de mis acciones? Apenas llegados aquí, ¿volveis á empezar vuestro sistema de inquisicion? Asi bien, puesto que estamos en este capítulo, lo apuraremos de una vez para siempre, á fin de no tenerlo que volver á tocar en todo el invierno.

Y se sentó bruscamente en el sillón de Berta, la cual permaneció en pié junto al piano, estupefacta de este brusco ímpetu de reproches.

—Amigo mio, dijo Berta con timidez. ya sabeis que vuestra voluntad es la mia. Dadme vuestras órdenes, y las seguiré. No ha sido para espiar vuestras acciones por lo que he prolongado tanto mi velada. Me he entretenido en poner este saloncito en órden, y esto me ha ocupado hasta la una

de la mañana. Suponiendo entonces que no tardaríais en venir, quise esperaros. Me dormí un poco sobre el sillón, de suerte que dieron las cuatro sin que me apercibiese de ello. Ese es mi crimen, Carlos, ¿me lo perdonareis? añadió sonriéndose y levantando su angelical mirada sobre su marido.

Mr. de Brevannes no pareció desarmado.

—¡Eh! ¡Dios mío! replicó: no os reprocho ningún crimen. Es inútil dar un sentido ridículo á mis palabras. No me engañais con los supuestos motivos de vuestra velada... Habeis querido aseguraros por vos misma de la hora en que me retiraría... Mas me haríais mucho favor en no tomar esta costumbre. No soy de parecer de que se renueven las escenas del año pasado, y que con vuestros hocicos y con vuestros aires de víctima, me echeis en cara esto ó lo otro.

—Carlos, ¿he dicho nunca una palabra, á no ser...?

—Dios mío! exclamó Mr. de Brevannes, interrumpiendo á su muger. Ciertos silen—

cios, ciertas fisonomías son tan significativas como las palabras.

— Pero en fin, Cárlos, ¿puedo yo impedirme el estar triste?

— ¿Y por qué habeis de estar triste? ¿Qué os falta? ¿No os hallais en una posición inesperada? ¿No he hecho humanamente todo lo que podía hacer por vos?

— Cárlos, ya sabeis si soy ingrata; mi único pesar es el no poder probaros mejor mi reconocimiento.

— Todo lo que os pido es que hagais de mi casa una morada agradable: que tengais siempre un semblante risueño y feliz, en lugar de censurar mi conducta con vuestras melancólicas afectaciones... Si he seguido mi inclinacion haciéndoos mi esposa, ha sido en primer lugar porque os amaba... y luego, para...

— Para tener una muger sumisa á todas vuestras voluntades, amigo mio; ya lo sé. Me habeis preferido á un partido rico, porque el reconocimiento del sacrificio que me hiciérais, me impone deberes mayores aun... Hubiera sentido en el alma que hubieseis calculado de otro modo, Cárlos;

pues no hubiera podido desquitarme para con vos. Unicamente os engañais, si creéis que mi tristeza, muchas veces involuntaria, es una crítica de vuestras acciones. No me toca á mí el juzgarlas.

—Pero entonces, ¿qué significa esa tristeza?

Despues de un momento de perplejidad, respondió Berta bajando los ojos:

—Algunas de vuestras acciones pueden entristecerme, sin que de ellas me queje.

—Esto es demasiado sutil para mí. Yo quiero ser mas claro y revelaros á vos misma lo que pensais, y no os atreveis á decir... En lugar de recurrir á todos esos circunloquios, ¿porqué no confesar francamente que sois celosa?

—No hablemos de eso, amigo mio, os lo suplico.

—Y ¿por qué no? Y á mí seme figura por el contrario que fuera bueno determinar francamente nuestra posicion... que tenga ó no queridas... ahí está soltada la gran frase... eso es lo que debemos completamente ignorar ó fingir ignorar... Tales la conducta que debe observar una muger de

talento, en lugar de pasar su vida en los fastidios de los celos.

—Cárlos... francamente... ¿sois vos quien puede decir que se pueden moderar... vencer los celos, por poco fundados que sean, ó por indigno que sea el objeto que los infunde?

—Muy bien, señora; ¿me reprochais el ser celoso?

—No os lo reprocho, amigo mio; soy indulgente por un sentimienio que tantos dolores me ha hecho sufrir.

—Os equivocais completamente, señora, si creéis que nos hallamos en igual posicion sobre este particular... Que yo tenga ó no tenga queridas, vuestra consideracion no seria en lo mas minimo alterada. Pero yo, que lo he sacrificado todo por vos... que me vea ademas cubierto de ridiculo... ¡Oh! añadió Mr. de Brevannes levantándose con los dientes apretados y cerrando los puños con furor, á esta sola idea no soy dueño de mí.

Y se puso á pasear á largos pasos.

—Teneis razon, Carlos, dijo tristemente Berta. Nuestros celos no son los mis-

mos; los míos interesan mi corazón, los vuestros vuestro orgullo. No importa, los respeto. ¿Me habeis oído nunca quejarme del aislamiento en que vivo? Escepto á mi padre, á quien me permitís visitar dos veces á la semana, y algunas personas de vuestra familia, que deseais que reciba, vivo sola... y me apresuro á deciroslo, feliz con vivir sola.

—Lo que no impide que halleis las horas largas, ¿no es así? Y todo el mundo sabe el efecto que producen en las mugeres la soledad y la falta de ocupaciones...

—Nunca estoy ociosa, amigo mío; amo la música con pasión; dibujo y leo. En cuanto á la soledad, no consiste en mí el que no esteis mas tiempo en vuestra casa.

Mientras que hablaba la señora de Brevannes se acercó su marido maquinalmente á la ventana, cuyas cortinas entreabrió.

Vió al otro lado de la calle, en el primer piso de una casa situada enfrente de la suya, una ventana en donde habia tambien luz y detrás de sus cristales la figura de un hombre que miraba por esta

ventana.

Eran cerca de las cinco de la mañana: la noche profunda, la calle desierta, ¿qué podía mirar aquel hombre sino la ventana del salon de la señora de Brevannes, única ventana sin duda en donde hubiera aun luz en la casa?

Una de esas sospechas absurdas que solo nacen en el cerebro de los celosos infieles (clase esencialmente distinta de la de los celosos fieles y engañados); una de esas absurdas sospechas, decimos, atravesó el espíritu de Mr. de Brevannes. ¡Volviéndose á su muger, la mirada irritada, la frente amenazadora.

—Señora, ¿por qué hay luz en la casa de en frente? exclamó.

Interrumpiéndose luego para ceder á una inspiracion no menos ridicula que sus celos, describió bruscamente las cortinas; abrió la ventana y salió al balcon, donde se plantó con arrogancia.

A esta brusca aparicion se corrieron las cortinas de la ventana de la casa de en frente; la sombra desapareció, y un momento despues se apagó la luz.

La señora de Brevannes no comprendía una palabra de la cólera de su marido, y aun menos de su capricho de abrir a ventana en una noche de enero, y de ponerse al balcon. Cuando Mr. de Brevannes se volvió con viveza, corrió violentamente a las cortinas y exclamó:

—¡Ah! así es como ocupais vuestros momentos de ocio cuando me esperais, señora...

—En verdad, Cárlos, no os comprendo...

—¿No me comprendéis? ¿Por qué aquella ventana del primer piso de la casa de enfrente, se hallaba aun con luz no hace un momento?

—¿No hace un momento? .. ¿Una ventana?... ¿En la casa de enfrente? preguntó Berta, cuya sorpresa subia de punto.

—¡Fiojis la admiracion, señora! Hace un momento alguien miraba atentamente a nuestra ventana; en cuanto me he asomado yo, ha desaparecido ese alguien.

—Puede ser así, Cárlos, yo no lo sé... Pero ¿por qué preguntais eso?

— ¡Por qué!

— Por qué?

— Por que estais sin duda de acuerdo con esa persona, y que se oculta ahí alguna intriga... Ya no me admira vuestra larga velada.

A tan brusca, tan estúpida, tan inconcebible acusacion, no halló Berta que responder; por toda contestacion, juntó las manos y levantó los ojos al cielo.

— Eso no es responder, señora, exclamó Mr. de Brevannes exasperado. Os preguntó, ¿por qué habia una luz en esa habitacion de en frente, por qué un hombre miraba aqui?

— Pero, ¡Dios mio! ¿Lo sé yo? replicó erta.

— Por segunda vez, esto no es responder, señora.

— ¿Pero qué quereis que os responda?

— ¡Cuidado, señora! exclamó Mr. de Brevannes, fuera de sí. No me creais bastante necio para ser el juguete de vuestra hipocresía... Yo he visto lo que he visto; no estoy ciego. ¿Quién es la persona que vive en frente?

— Pero, Cárlos, yo nada sé. Hemos llegado ayer.

Mr. de Brevannes interrumpiendo á su muger, se golpeó la frente y exclamó:

—Ese es... ahora me acuerdo... Una silla de posta ha llegado poco despues de nosotros; se nos seguia... aun acaso en Lorena... ¡Oh! hay en esto algun indigno misterio... Mas yo lo descubriré... ¡desgraciada muger!...

Esta injuria, esta dureza, este reproche tan poco merecido, hirieron á Berta hasta lo mas vivo. A pesar de su dulzura, á pesar de su acostumbrada resignacion, su dignidad, su conciencia le irritaron, y dijo con tono firme y resuelto á su marido:

—Haceis mal en hablarme de este modo, Cárlos. Podriais agotar mi paciencia, y hacerme decir cosas.... que por vuestra propia dignidad quisiera callar.

—Amenazas...?

—Estas no son amenazas, Cárlos; pero... no es generoso de vuestra parte, que me habeis dado tantas veces motivos de queja y de pesar, el acusarme con tanto

desprecio, á propósito de una sospecha insensata.

—Hé ahí, pardiez, un lenguaje nuevo.

—Cárlos, me canso de sufrir en silencio tan injustos reproches, mientras que yo pudiera haceros reproches por desgracia demasiado justos.

—Qué me place...!

—Decís, Cárlos, que debo cerrar los ojos sobre vuestra conducta. Siempre lo he hecho. ¿Es culpa mia si el ruido de vuestras aventuras ha llegado hasta mí, hasta mí que vivo sola y lejos del mundo?... ¿No es tambien la voz pública y las insolencias de la miserable criada que despaché de mi casa hace ochs dias los que...?

—Señora, ni una palabra mas.

—Perdonad, Cárlos; hablaré. No quiero abusar de la posicion en que me habeis colocado. Pero quiero que la respeteis... Consiento en cerrar los ojos sobre errores tan bajos, que ni aun merecen mi indignacion; mas no sufriré que me maltrateis injustamente...

—Bajo mi palabra, señora, vuestra au-

dacia me confunde. ¿Y querreis sin duda hacerme entender que cuatro años de fidelidad y de respeto á vuestros deberes os han desquitado conmigo, y que sois ahora libre de obrar como mejor os parezca? ¡Pero es increíble! ¿Olvidais que os he sacado de la miseria, que vuestro padre vive de mis beneficios, y que fuí bastante bueno en otro tiempo para ofrecerle que viniera á vivir á mi casa?...

—No he olvidado jamás que me habeis sacado de la miseria, como vos decís, Carlos, y hay en esto tanto mas mérito de mi parte, cuanto que esta miseria me era perfectamente indiferente. ¡Acaso me ha sido preciso vencer mas repugnancia á mí para amaros aunque rico, que á vos para amar me aunque pobre!

—De veras! ¿me habeis hecho la gracia de amarme á pesar de mis 40,000 francos de renta?

En cuanto á esa otra observacion, Carlos, de que mi padre vive de vuestros beneficios... es la primera vez que me la haceis... tambien será la última... Hace cerca de un año que la vista de mi padre se

ha debilitado en términos que se ha visto obligado á renunciar al trabajo que hasta entonces le bastara para vivir... A fuerza de instancias he conseguido hacerle aceptar una módica pension... que ha consentido en recibir.

— A fin de no seros inferior en materia de condescencia, Mr. de Raimond me ha hecho tambien la gracia de aceptar lo necesario para vivir con comodidad en lugar de ir al hospicio.

— Si, mi padre ha hecho gracia á vuestra vanidad, no yendo al hospicio. En sus principios no habia en ello nada de deshonesto; anciano, enfermo, imposibilitado de vivir con su trabajo, como lo hiciera siempre, se hubiera retirado sin vergüenza al asilo que la caridad pública ofrece á un honrado infortunio... Mas puesto que...

— Mas puesto que reconozco tan mal, ¿no es así? las bondades de vuestro padre por mí, no tendria la complacencia de permitirme que lo sostenga por mas tiempo; y me hará la pesada broma de ir á establecerse al hospital.

— Eso es seguro, Cárlos, pues no puedo

dejarle ignorar vuestros reproches...

Al pronunciar estas palabras, la voz de Berta, hasta entonces firme, se conmovió mucho; sus fuerzas se agotaron: por mucho tiempo contuvo las lagrimas que la oprimian. Mas entonces ya no pudo conservar su imperio sobre si misma, ocultó la cabeza entre sus manos, se dejó caer en un sillón y se puso á llorar amargamente.

Mr. de Brevannes era egoista, duro, orgulloso; pero tambien era perspicaz. A pesar de sus sarcasmos sobre los extraños principios del padre de Berta con respecto á los beneficios de los ricos, sabia perfectamente que, razonable ó absurda, la conviccion de Pedro Raimond sobre este particular era sincera y profunda. Sus epigramas fueron crueles...

El dolor de Berta le conmovió tanto mas, cuanto que se acordó cuán injusto habia sido para con ella. Reflexionó en fin en cuanto le dijo de humillante. Cuanto mas en su dependencia se hallase, mas esmero debia poner en no herir su delicadeza, y no abrumarla con crueles reproches.

Y luego, digámoslo todo: ¿podríamos descubrir uno de los mil pliegues del corazón humano? ¿Podríamos hacer creer en uno de esos cambios repentinos, brutales, de que los hombres son solo capaces, después de las mas ágrias, mas bajas, mas injuriosas recriminaciones?

Berta permanecía en el sillón, abrumada bajo la impresion que le causara esta escena cruel. La pobre tenia la cabeza inclinada sobre su seno. Su hermoso cuello, su encantadora garganta blanca y pulida como el marfil que la emocion cubria de un ligero encarnado, hirieron la vista de Mr. de Brevannes.

Sin embargo, veinte veces habia olvidado á su muger, por criaturas indignas de serle comparadas, aun bajo el punto de vista de la hermosura...

Desde la escena á que hiciera alusion Berta, hablando de la doncella que tuvo que despedir, los dos esposos quedaron bajo una profunda impresion de fria reserva. El amor de Berta por su marido recibió entonces un mortal y último golpe.

Mr. de Brevannes, viendo el dolor de su

muger, se figuró por una de esas imaginaciones groseras naturales al hombre, que adulando á Berta sobre el poder y en cantos de su hermosura, se haria perdonar los ultrajes con que acababa de abrumarla. Se aproximó pues silenciosamente á Berta y luego abrazando su talle, le dijo:

—Vamos, mi buena Berta; sé generosa... hagamos las paces.

Imposible fuera pintar la espresion de repugnancia, de vergüenza, de profundo dolor, que se tradujo sobre las facciones de Berta. Desasiéndose bruscamente de los brazos de Mr. de Brevannes, se levantó y exclamó:

—Ah! caballero, me faltaba este último insulto... Ese por lo menos no lo sufriré jamás...

Y Berta se precipitó en su dormitorio cuya puerta cerró.

Renunciamos á pintar la rabia de Mr. de Brevannes y la mirada de ira y de ódio con que acompañó á su muger.

VIII.

regreso.

El antiguo é inmenso hotel Lambert, ocupado por el príncipe y la princesa de Hansfeld, se hallaba situado, calle de Saint-Louis en la isla. Los muros del jardín terminaban el pretil D' Anjou, separado del arsenal por los brazos del Sena que rodean la isla Lanviers.

Ya lo hemos dicho; nada mas triste que las avenidas de este palacio. Los curiosos pueden aun visitar aquellos grandes salones, proporcionados á la esplendidez de las se-

ñoriales existencias de los tiempos pasados.

No se pueden contemplar en nuestros días, sin melancólicos sentimientos, estos antiguos palacios, en otro tiempo, tan poblados de pages, de guardias, de nobles, innumerales satélites de aquellos gloriosos planetas, de aquellas ilustres casas, que tanto esplendor echaron sobre la Francia.

¿Qué cosa mas triste que el ver estos macizos edificios, contruidos para siglos, engañar tan pronto las esperanzas de los que los fundaron para sus poderosas razas?

Felizmente, el edificio de que hablamos conservaba un poco de poesía, gracias á la soledad del barrio en que se elevaba. Cuando las sombras transparentes de la noche lo encubrian á medias, esta antigua morada volvía á tomar la severa magestad de su carácter monumental.

La noche, la soledad, el silencio, no varían con el trascurso de los siglos y de las edades; son inmutables como la eternidad... Así es, que cuando se contemplan estos antiguos edificios en medio de la noche, de

la soledad, del silencio, se diría que nada ha cambiado... La distancia del presente al pasado se borra.

Conduciremos al lector al hotel Lambert sobre poco mas ó menos á la misma hora en que Mr. de Brevannes salía de la Opera.

Grandes nubarrones grises impelidos por la áspera brisa del Norte corrían rápidamente por el cielo. La luna al ponerse, plateaba los contornos fantásticos de las nubes. Algunas estrellas brillaban en el profundo y sombrío azul del firmamento.

La masa irregular del antiguo palacio con sus agudos chapiteles, su frontis macizo, se diseñaba en negro sobre la claridad azulada y nocturna de la atmósfera. Una calle de cipreses seculares elevaba sus pirámides de un verde oscuro por cima de los muros del jardín que se prolongaban del lado del pretil.

Las aguas del Sena hinchadas por las lluvias del invierno, se estrellaban contra la playa, y respondían con su triste murmullo á los prolongados silbidos de la brisa del Norte.

El ruido del viento y de las aguas turbaba solo el silencio en que estaba sumergido este barrio de París...

Las cuatro y media daban á lo lejos en el arsenal, cuando un fiacre se detuvo delante de la muralla del jardín.

Una persona cubierta con un sombrero redondo, embozada en una capa, bajó del fiacre, abrió una puertecita, y un momento después la señora de Hansfeld, llevando aun dominó, salió á su vez del carruage y entró en el jardín.

La princesa recorrió con rapidez la larga calle de cipreses que conducia á una de las salas del palacio

De tiempo en tiempo los rayos de la luna, abriéndose paso al través del espeso ramaje, formaban una pálida claridad en las tinieblas que cubrian esta calle de árboles. Singular aspecto presentaba entonces la figura de la princesa pasando con su vestido y su esclavina negros por medio de estos intervalos de luz dudosa y blanquecina.

Las antiguas moradas, como el hotel Lambert tenían siempre secretas escalerillas que conducian á la alcoba ó á los gabi-

netes de los dormitorios. La costumbre de un grande aparato, las exigencias de la representación, y de una rigurosa etiqueta, el inmenso número de criados de todos grados, yendo y viniendo sin cesar para sus varios servicios, dejaban tan poca libertad, que generalmente era preciso valerse de espedientes nocturnos.

No causará, pues, admiración alguna el ver á la señora de Hausfeld, al llegar á la izquierda del palacio, abrir una puertecita, oculta en la espesura de un bosquecillo, y subir lentamente una escalerilla estrecha y pendiente que la condujo en pocos instantes á un vasto gabinete que precedia á su dormitorio.

Apenas hubo entrado, se dejó caer la princesa sobre un grau sillón como si estuviera rendida de fatiga.

Durante este tiempo la persona que la siguió, echó los cerrojos á la puerta de la escalera secreta y se desembarazó de su capa y de su ancho sombrero de hombre.

Era una muger.

Reanimó la chimenea medio apagada, encendió dos bujías y entro en la habitacion

de la señora de Hansfeld.

La princesa, despues de un momento de abatimiento, se arrancó la máscara, se levantó bruscamente, desato la cintura de su dominó y le pateó de cólera.

Bajo este primer trage le vaba un vestido negro con mangas cortas que dejaba ver su garganta, sus brazos y su talle dignos de la antigua Diana.

Su fisonomia altan ra, fria, imperturbable durante su conversacion con Mr. de Morville, se hallaba entonces agitada por la violencia de las mas furiosas pasiones.

Sus ojos, un poco hundidos, brillaban como si fueran diamantes negros. De pies en frente del espejo de la chimenea, parecia querer pulverizar el mármol con sus manos convulsivas. Impedida por el arrebatado de sus tumultuosas pasiones, no se apercibió de la vuelta de la persona que la habia acompañado.

El aspecto de aquella jóven era extraño.

Un color ardiente, moreno como el bronce florentino, cubria su tez mate, y hacia resaltar la blancura del globo de sus ojos y el azul claro de su pupila. Sus cabellos cas-

taños, espesos, cortos, rizados, se separaban sobre su frente á la manera de los hombres que en nuestros tiempos llevan los cabellos muy largos. Sus facciones, bastante regulares, tenían algo de varonil, de resuelto. Cuando entreabría sus lábios, rojos y gruesos, se veían sus dientes muy blancos; pero separados los unos de los otros.

Esta jóven, cuasi tan alta como la señora de Hansfeld, era mucho mas delgada que ella; llevaba un vestido negro muy cerrado, y una pequeña corbata de seda ceñía al rededor de su cuello una gargantilla de pliegues muy finos.

Cubierta con un sombrero redondo y envuelta en una larga capa, esta jóven había podido pasar por un hombre y acompañar á la señora de Hansfeld, que temía el volver sola en medio de la noche á un barrio tan desierto, y hallarse cuasi á la disposicion de un cochero.

Durante la entrevista del baile de la Opera, la doncella esperó á la princesa en un fiacre, y á la vuelta la acompañó como ya hemos visto.

Apercibiéndose de la preocupacion de la princesa, le dijo:

—Es muy tarde, madrina... Es preciso que os acostéis...

—¡Le he visto! ¡Puede perderme! exclamó impetuosamente la princesa con el semblante inflamado de cólera, y volviéndose hacia la ahijada (á quien llamaremos Iris, pidiendo perdon por esta mitología):

—¿A quién habeis visto, madrina? dijo la doncella asustada de la exasperacion de la señora de Hansfeld.

—A Carlos de Brevannes.

—¿Está aquí?

—Hace un momento... en la Opera... le he visto... ¡Oh! Si, es él... La presencia de este hombre me anuncia alguna nueva desgracia...

—Yo no conozco á ese hombre, madrina... No sé por qué le aborreáis...; mas yo lo aborrezco, porque me habeis dicho que en otro tiempo os causó muchas penas.

Al pronunciar estas palabras: «no sé por qué aborreáis á ese hombre», Iris no pudo contener un ligero estremecimiento que no fué notado de la señora de Hansfeld.

—¿Por qué lo aborrezco? ¡Tú me lo preguntas! exclamó la princesa cuasi con desvario.

—No os lo pregunto por curiosidad, madrina. Si lo aborreceis... deseareis vengaros...

—Vengarme.... ¡Oh! Si.... quisiera una venganza ruidosa, terrible... como el mal que él me ha hecho...

—Si yo puedo serviros, hablad.

—¿Tú, pobre criatura?

—Mandad, obedezco. Iris es vuestra, es absolutamente vuestra; vive de vuestra vida, respira de vuestro aliento; vé por vuestros ojos, y quiere por vuestra voluntad.

Sin responderle, la señora de Hansfeld alargó á Iris su hermosa mano. Esta imprimió en ella sus lábios rojos y húmedos, con una espresion de respeto y de rendimiento filial.

—¡Dios mio! madrina, vuestra mano está helada, teneis calofrios... es preciso acostaros...

—Aun no... Mas escucha... No sé lo que me presagia la llegada de Cárlos de Brevannes; grandes desgracias pueden ser

su consecuencia... Tus servicios me serán acaso mas necesarios que nunca... Es preciso que sepas... todo... si... el crimen de este hombre... Entonces comprenderás que la venganza es para mí hoy una espiacion...

Y la princesa se sentó junto á la chimenea.

Iris tomó una capa de terciopelo forrada de armiño, con que envolvió cuidadosamente á su madrina; pues á pesar del fuego que ardia en la chimenea, aquellas inmensas piezas eran glaciales al fin de las noches de invierno.

Antes de hablar la señora de Hansfeld, se quedó algunos momentos pensativa.

Iris amaba á la señora de Hansfeld con una especie de ternura á la vez respetuosa, feroz y apasionada.

Era uno de estos cariños ciegos, salvajes y tan esclavos, que aun pudiera llamárseles implacables.

La princesa creia que esta jóven á quien habia casi educado, le estaba para siempre ligada por un profundo reconocimiento. Y no se equivocaba, mas ignoraba con qué violencia este sentimiento, absorbiendo to-

dos los otros, se habia desarrollado en el corazon de su ahijada.

Esta ocultaba siempre con sumo cuidado los accesos de celos feroces que le causarían las menores preferencias de su ama para con otras personas.

Sombria, taciturna, imperiosa con los otros domésticos de la princesa, Iris era generalmente temida y detestada en el hotel Lambert.

Sus funciones de señorita de compañía, le permitian aislarse completamente y consagrarse á esta idea fija, absoluta, incesante:

Vivir para su madrina.

Su pena de todos los instantes era el no hallarse bastante útil, bastante necesaria á la señora de Hansfeld, que rica, ilustre, libre en sus acciones, podia pensar sin el socorro ó el cariño de su ahijada....

Entonces, algunas veces en la funesta exageracion de su ternura Iris formaba los votos mas detestables. Deseaba casi ver á su ama desgraciada para tener la inefable felicidad de consagrarle sus dias y sus noches, para poder en fin desarro-

llar en toda su fuerza el sentimiento que la dominaba.

Despues de este bosquejo del carácter de Iris, criatura abandonada, bohema ó mora, debe inferirse que perseguia con ódio amargo, no solo á los enemigos de la señora de Hansfeld, sino que tambien á todas las personas á quienes esta manifestase alguna benevolencia. Su ódio aumentaba siempre en razon á la fuerza de los sentimientos que se inspiraban á su madrina.

Asi que, viéndola apasionadamente enamorada de Mr. Morville, execraba á este tanto... y aun mas que á Mr. de Brevannes... pues sentia una especie de singular reconocimiento hácia aquellos que inspiraban aversion á la princesa.

Iris salia apenas de la infancia, y no obstante ya se rodeaba de una disimulacion impenetrable. Jamás la familia de Hansfeld la creyera capaz de esta salvage exaltacion. Y sin embargo, esta jóven, persiguiendo su objeto con inflexible energia estraviada por los celos feroces, habia herido ya á su ama en sus mas caras afec-ciones.

Despues de un prolongado silencio, la señora de Hansfeld, saliendo de su meditacion, hizo seña á Iris de que se acercara.

Esta arrodillándose, y sentándose luego como hacen las españolas en la iglesia, cruzó los brazos, clavó sus grandes ojos, claros, fijos, penetrantes en los ojos de la señora de Hansfeld. Con aquella mezcla de inteligencia, de sumision y de rendimiento, particular á la raza canina, y por temor de perder una palabra, un gesto, un movimiento de la fisionomia de su madrina, desde que esta empezó á hablar, se suspendió de sus labios para servirnos de la espresion vulgar.

IX.

La relacion.

—¿Te acuerdas que hace dos años antes de mi casamiento te dejé en Venecia para ir á Florencia con mi tia Vasiri y Gianetta, nuestra camarista? Tú acababas de salir de una larga enfermedad y no podias acompañarnos.

—Si señora... Gianetta me escribió algunas veces por orden vuestra, á fin de darme noticias de su ama.

—Esta Gianetta era curiosa, indiscreta, sin fidelidad y siento haberla conservado demasiado en mi servicio.

—Durante vuestro viaje á Florencia me escribía apenas algunas líneas... para decirme que estabais buena. Esta tarea parecía costarle, añadió Iris con increíble aplomo. Vuestra... Gianetta. por el contrario, la tuvo perfectamente al corriente de cuanto sucedió durante el viaje de su madrina.

—Al cabo de seis meses de ausencia, continuó la princesa, volví á Venecia

—Entonces fué cuando tuvisteis aquella larga enfermedad de languidez y que os faltó poco para morir.

—Y durante la cual me distes tantas pruebas de cariñoso afecto, Iris, que desde entonces te amo como á una hermana, como á una hija.

Iris tomó la mano de su madrina y la llevó silenciosamente á sus labios.

—Mi tia Vasiri, continuó Paula, iba á Florencia á seguir un pleito. Pasaba todo el día en solicitar á su juez. Por la tarde salíamos á paseo; allí fué donde encontré

varias veces á un francés... Mr. Cárlos de Brevannes, que bien pronto no perdió uno de mis pasos: sus pretensiones fueron incesantes, obstinadas; entonces mi indiferencia se cambió en aversion.

—¿Fuera pues hecho para inspirar esta aversion?

—¿Qué dice? exclamó la princesa mirando á Iris con sorpresa y luego añadió:

—Eras entonces tan jóven, que no notaría... Si, era natural á tu edad... ¿Te acuerdas de mi primo Rafael Monti... hijo del hermano de mi padre?

Iris frunció imperceptiblemente las cejas y respondió con voz breve:

—Si, á cada vuelta del mar, venia á pasar su licencia á Venezia... ¿No está en Oriente? ¿Qué habeis sabido de él? A nuestra partida de Italia su ausencia empezaba á inquietar á su madre.

—Ha muerto... dijo la señora de Hansfeld, con una calma terrible.

—Rafael... muerto!!... exclamó Iris fingiendo sorpresa.

—Cárlos de Brevannes lo mató!

—¿Y vuestra tia ignoraba....?

—Escucha... ha llegado la hora de decírtelo todo... Yo fui, como tú sabes educada con Rafael; niña le amaba como á un hermano; jóven, lo amaba como á un desposado, ó mas bien estos dos sentimientos se confundian en uno solo... Eras entonces tan aturdida que nuestro amor te se pudo ocultar.

—En efecto, madrina, ahora me acuerdo de algunas circunstancias, que me lo hubiera debido hacer conocer. Mas es imposible...? Rafael muerto! ¿Cuándo? ¿En dónde?

—Escucha todavia. Debiamos casarnos á mi vuelta de Florencia... ¿Comprendes ahora por qué Mr. de Brevannes me inspiraba tanta aversion?

—Perfectamente ...

—Sus persecuciones redoblaron: instruido de la causa de nuestra permanencia en Florencia, á fuerza de perseverancia y de astucia; consiguió hacerse amigo de las personas que podian servir á mi tia en su pleito, y á tomar sobre ellas una influencia tal, que bien pronto se halló en posicion de sernos de la mayor utilidad.

Los caminos así preparados, un día se hizo anunciar audazmente en casa de mi tía, bajo pretesto que vivía en nuestra misma fonda. Nuestra acogida fué glacial, mas este hombre se mostró tan insinuante, tan lisongero, probó tan claramente á mi tía de cuánta utilidad podría serle para ganar su pleito, que ella le rogó con instancia que volviese. Al despedirse, me echó una mirada significativa... Todo eso no lo había hecho mas que para llegar hasta mí.

Participé á mi tía mis sospechas. Ella me respondió que estaba loca... que era preciso servirse de las buenas disposiciones de Mr. de Brevannes, puesto que podía sernos útil... Tú lo sabes; mi tía había sido muy hermosa; entonces no tenía aun cuarenta años, Mr. de Brevannes se apercibió un día que tomaba por lo serio algunas galanterías que le dirigiera en broma. Redobló sus cuidados, y bien pronto no pudo mi tía vivir sin él. Nos acompañaba á todas partes, al paseo, al teatro. Hice observar á mi tía, que era joven, rico, que aquella intimidad podía comprometerme. Entonces me dijo con tanto gozo como or-

gullo, que no me alarmara; que ella era viuda y libre: que Mr. de Brevannes le habia declarado su amor, y confesado que no habia tomado tanto interés en nuestro pleito, sino por llegar hasta ella.

—Quise hacer algunas observaciones á mi tia que se enfadó mucho y habló con aspereza de la vanidad de mi juventud, reprochándome el haber podido creer que Mr. de Brevannes se ocupaba de mi. Nos visitaba todos los dias, nos enviaba amenudo músicas bajo nuestras ventanas, nos ofrecia ramilletes, siempre iguales, decia él á mi tia, por no herir mi amor propio.

Un dia hallándome sola me declaró su amor, haciéndose un mérito á mis ojos de la habilidad con que habia engañado, descarriado la opinion publica pareciendo ocuparse de mi tia, sacrificio noble que debia tener en cuenta.

—Y no instruisteis á vuestra tia de la confesion de Brevannes?

—La misma noche lo supo todo.

—¡Ya está descubierto!...

—¡Niña!... que poco conoces la debili-

dad y la vanidad de las mugeres!

—¿No os creyó?

—Sí, en un principio... Desde aquella noche nuestra puerta permaneció cerrada para Mr. de Brevannes. Todo lo adivinó, escribió una larga carta á mi tia... al otro dia fué recibido mas afectuosamente aun que de costumbre. Al separarme de él, mi tia vino a reñirme severamente. Dijo que celosa yo de la passion de Mr. de Brevannes, lo habia calumniado á fin de haberle prohibido la entrada de la casa.

—Desgraciada muger!... estaba loca..

Las cosas volvieron á tomar su marcha acostumbrada... Cárlos de Brevannes no me volvió á decir una palabra de amor, mas pasaba los dias enteros con nosotras... El dia 13 de abril... oh! jamás olvidara esta fecha, mi tia me dijo despues del desayuno que el ruido del patio de la fonda le incomodaba, y que cambiaria aquella misma tarde de habitacion conmigo. Mi cuarto daba á la calle y tenia un balcon; lo que me queda que decirte es horroroso... Aquel dia

habíamos dado un largo paseo en carruaje con Mr. de Brevannes. De vuelta, la velada se prolongó hasta muy tarde; mi tia parecia preocupada. Se retiró él y yo me acosté.

La princesa se puso horriblemente pálida, se estremeció y luego continuó con voz conmovida...

— Al dia siguiente, quise ir como de costumbre á dar los buenos dias á mi tia, Giannetta, me dijo con tono embarazado, que la señora Vasiri estaba indispuesta y que no podia recibirme.

Al tiempo de volver á mi cuarto, un desconocido preguntó por mí. Aquel hombre sombrío, pálido... me dió una carta..., sin decirme una palabra... No sé por qué un frio temblor se apoderó de mí. Abrí aquella carta, contenia un anillo que yo habia dado á Rafael.

— ¿Y aquella carta, madrina, aquella carta?

— Era de Rafael, moribundo...

— ¿De Rafael?

— Sí, contenia estas palabras que creí ver escritas con letras de sangre:

«Hace dos días que estoy en Florencia. Todo lo sé... Esta noche he visto á Brevannes bajar de vuestro balcon cuyas persianas habeis cerrado en seguida. Me he batido con él... hace un momento... asi lo habiamos convenido. He buscado la muerte, y me la ha dado. Maldita seais... Osorio os dirá... Cuando volvais á Venecia... ocultad á mi madre... Mi vista le...»

Y luego, nada mas, esclamó la señora de Hansfeld con desgarradora pasion, nada mas que algunos caractéres sin forma.

—¡Qué misterio! dijo Iris juntando las manos, ¿Quien apareció, pues, al balcon de vuestro cuarto?...

—¿No te he dicho que mi tia habia tomado la misma noche la habitacion que yo ocupaba aun por la mañana? Sin duda, Carlos de Brevannes obtuvo de ella una cita para secundar sus horribles designios... vas á ver cómo... Mi tia es de mi estatura, morena como yó. De alli aquella fatal equivocacion de Rafael.

—¡Oh! Eso es horroroso...

—Cuando hube leído la carta, estuve

como loca, creia soñar... Osorio me dijo lo demas... Rafael, de vuelta de un viaje á Constantinopla, vino á Venecia... No estuvo mas que un dia en esta ciudad .. Mas engañado por no sé qué abominable calumnia, llegada hasta alli desde Florencia, partiò súbitamente para esta última con Osorio, al que dijo: «se me asegura que Paula me engaña indignamente; esto es cierto, mataré á mi rival ó me matará.»

—¿Mas quién pudo calumniaros en Venecia?

—¿Y lo sé yo?... Rafael no vió ni aun á su madre; todo el mundo ignora su corta aparicion en Venecia. En vano he interrogado á Osorio sobre este particular; siempre ha permanecido mudo.

—Eso es extraño...

—Por desgracia, participaba él de las prevenciones de Rafael... Sucedió lo que habia yo previsto, la intimidad de Mr. de Brevannes, interpretada por sus infames calumnias, me habian comprometido horriblemente. Pasaba yo en Florencia por ser su querida; y cuando Rafael preguntó por mí, no hubo mas que un grito para acusar—

me. Sin embargo, no queriendo fiarse de las apariencias, fué lealmente á buscar á Mr. de Brevannes, le dijo su amor por mí, que estábamos prometidos... que muchas veces las jóvenes, sin ser culpables, eran ligeras... inconsideradas... y el mundo malicioso. Suplicó á Mr. de Brevannes, en nombre del honor, que le digera la verdad: cualquiera que fuera le creería.

—¿Y Carlos de Brevannes?...

—Lejos de mostrarse conmovido por este lenguaje, trató á Rafael con altivez y le dijo:

—Supuesto que hace dos dias que esperais á Paula Monti, debeis saber en dónde está su cuarto, Lo sé. Sin que ella me viera, esta misma mañana la vi en su balcon Y bien, hallaos esta noche á las tres de la mañana enfrente de su balcon, y tendreis mi respuesta. Ya sabes el resto..

Brevannes dijo entonces á Rafael con insolencia: «¿Etais satisfecho?»

En su rabia, Rafael le dió una bofetada; un desafio tuvo lugar al amanecer... Rafael sucumbió. Su último voto fué que se ocultara su muerte á su madre. Preferia dejar-

la en la incertidumbre en que se está algunas veces por largos años sobre el destino de los marinos, que hacerle saber que mi traición le matara? Eso es lo que me dijo Osorio. Cumplida su funesta misión, partió sin querer escuchar una palabra de mis protestaciones... He oído decir después que había muerto en Oriente... y la madre de Rafael espera siempre á su hijo... y ha muerto maldiciéndome... muerto llamándome y creyéndome infame y perjura... Muerto... Matado por Carlos de Brevannes, calumniador y asesino!

—!Oh! Es horroroso... y vuestra tía Vasari?

Después de un momento de silencio, durante el cual la princesa parecía abrumada bajo el peso de un penoso recuerdo continuó así:

—Las leyes contra el desafío eran de una severidad extrema; Carlos de Brevannes partió el mismo día; Rafael era desconocido en Florencia; ni Osorio ni el padrino de Mr. de Brevannes, volvieron á parecer. Nadie pudo revelar este desgraciado secreto. Mi tía fue tanto mas inconsolable

de la brusca desaparición de Carlos de Brevannes que, faltándole su apoyo, perdió su pleito y se vió enteramente arruinada. Volvimos á Venecia, en donde caí enferma.

—Y un año despues erais princesa de Hansfeld.

—Sí; para salvar á mi familia de un horrible infortunio me resigné á este casamiento. que hubiera debido parecerme inesperado. Gracias á los cuidados, á la delicadeza del príncipe, me atrevia ya á esperar días mas felices. Al reconocimiento, iba acaso á suceder un sentimiento mas dulce... cuando de repente Mr. de Hansfeld, herido de no sé qué vértigo... olvidando su bondad, su dulzura acostumbrada... en fin, añadió la princesa con un profundo suspiro empezó la vida atroz que llevo... Algunas veces me he preguntado cómo mi corazón ha podido soportar tan violentos choques sin quebrantarse. El miedo, el estupor que me causa la conducta estraña, espantosa del príncipe, me persigue hasta en medio de la sociedad, donde voy á veces á buscar no distracciones, sino aturdimiento, si esta es—

presion me es permitida.

Hace seis meses arrastraba yo esta vida miserable... en apariencia tan espléndida, tan feliz, cuando la casualidad quiso que encontrase á Mr. de Morville. Paré mi atencion en él, porque oí ensalzar la fidelidad que como yo conservaba á un recuerdo adorado... En todas partes se hablaba de su delicadeza de su rendimiento... y sobre todo de su tierna constancia, por una muger de quien se viera obligado á separarse... Entristecido por su amor y piadosamente dedicado á su madre enferma, salia poco... Vivía cerca de nosotros, calle de Saint-Guillaume. Un dia, encontré una carta sobre el banco de una parte reservada de nuestro jardin... Sin poder comprender por qué medios aquella carta se hallaba allí, mi primer movimiento, tú lo sabes, fué creer que venia de él.

Felizmente me cercioré quedándome al dia siguiente todo el dia oculta en un bosquecillo, y por la tarde vi caer otra carta lanzada de una ventanita que encubria la yedra.

Mr. de Morville parecia adivinar los pen-

samientos que me agitaban; alegres si yo estaba alegre, tristes si yo estaba triste, sombríos y desolados si yo estaba sombría y desolada, sus cartas parecían el eco de mis mas fugitivas impresiones.

—¿Cómo adivinaba él eso?

—Observándome... leía en mi fisonomía la disposición de mi espíritu.

—Mucho os amaba, dijo Iris con voz profundamente alterada.

—Ya lo ves... como yo, Mr. de Morville, lloraba un amor pasado... y ¡cosa extraña, fatal!... nuestras comunes lágrimas han servido de lazo entre este amor pasado y nuestro nuevo amor.

—Podeis amar... El príncipe os ha vuelto la libertad...

—Ya lo sé... ya lo sé... Mas ¡cuántas veces ha retractado sus duras palabras...! ¡Cuántas veces ha vuelto de la crueldad mas fría... la mas desdeñosa, la mas humillante, á palabras de la mas adorable ternura...? Mas ¡qué me importa ahora?... Sus crueldades y su ternura me encuentran insensible... Mi amor me dá la suficiente fuerza para arrostrarlas... Mi amor! Y

sin embargo mi conciencia me reprocha el olvido de Rafael!!! Desde que he vuelto á ver á Mr. de Brevannes me se figura que, redoblando de ódio contra ese asesino... procuro esperar mi inconstancia. Me parece, en fin, que si obtuviera de este hombre una venganza terrible, mi nuevo amor me seria perdonado... ¿Y aun, desgraciada de mí... este nuevo amor necesita acaso ser perdonado?... Una barrera invencible me separa para siempre de Mr. Morville...

—¿Una barrera invencible? dijo Iris,

—Sí... Yo no sé qué fatalidad me persigue .. Renació en mi alma la esperanza: el porvenir mas dulce, el mas encantador, se abria ante mí... Me creia segura del amor de Mr. Morville; habia conseguido contraer amistad con una parienta suya, la señora de Lormoy; habia solicitado el ser presentado... cuando de repente, para manifestarme la mas profunda aversion, evita mi encuentro con una persistencia tan humillante, que me he decidido á dar este paso de hoy.

—¿Y el motivo de su ódio, madrina?

—Oh! no es ódio... me ama, hija mia, me ama tan apasionadamente como yo le amo..., aunque le haya ocultado este sentimiento... Mas lo repito, un obstáculo insuperable... nos separa para siempre... Decíte lo que he sufrido al hacerme esta revelacion, la fuerza que me ha sido necesaria para contenerme... fuera imposible... Y bien! hubiera aceptado esa nueva posicion cuasi con felicidad sin ese infernal Brevannes.

—¿Cómo así?

—Consagrada toda entera á este amor triste y puro, no hubiera vuelto á ver jamás á Mr. de Morville, mas al menos hubiera sabido que me amaba... tanto como yo le amo... La humanidad es tan fantástica que las razones que se oponian á que este amor fuera feliz, hubieran acaso asegurado su duracion. Mas si Mr. de Brevannes habla... desgracia, desgracia sobre mí!... El desprecio sucederá á la adoracion en el corazon de Mr. de Morville... Ese hombre tan franco, tan leal, no tendrá bastante desden para abrumarme... Despreciada por él!... ah! Yo sé lo que he su-

frido cuando le he creído dueño de ese fatal secreto... y pensar que Brevaí nes puede darme este golpe terrible, esparciendo de nuevo la infame calumnia que causara la muerte de Rafael... Oh! hay para volverse loca!

—De todo esto, madrina, resultan dos cosas... Es preciso saber el misterio que obliga á Mr. de Morville á evitarnos..... Es preciso reducir á Cárlos de Brevannes al silencio...

—Sí, eso fuera preciso; ¿pero cómo conseguirlo?... ay! cuán desgraciada soy!

—¿Qué no soy yo nada para vos? dijo la doncella con salvage amargura

La princesa lo advirtió y le dijo con bondad:

—Sí, hija mia; á ti puedo decirtelo todo. Esto me alivia...

En este momento, un ruido grave, sonoro, poderoso, lleno de suave armonia, pero debilitado por la distancia, llegó á los oídos de las dos mugeres.

Al oír este son la princesa, se estremeció y exclamó:

—Oh! El es... aun vela... Mira: ahora, mi cabeza se halla tan débil, que el ruido

de ese órgano me parece horroroso, sobrenatural... No son ya los sonos de ese instrumento los que yo oigo, sino voces misteriosas de un mundo invisible, respondiendo al príncipe que las interroga.... Oh! Gracia!... Gracia!... Eso me asusta!...

Por una casualidad singular y como si el voto de la princesa fuera escuchado, el canto del órgano espiró lentamente en el silencio de la noche exhalándose como un quejido.

—Esta conversacion me ha abatido; estoy temblando, dijo Paula

—Es preciso acostaros, madrina.

Despues de haber acostado á la Sra. de Hansfeld con la mayor solicitud y besado respetuosamente su mano, Iris cerró la puerta del dormitorio de su madrina, colocó al través un divan que descubierto formaba una cama y habiendo echado los cerrojos á la puerta de la escalera secreta se durmió profundamente.

X.

El príncipe de Hansfeld.

Una inmensa pieza, formando una ala del Hotel Lambert, componia la sola habitacion ocupada por Arnold de Glustein, príncipe de Hansfeld, misterioso personaje, cuya existencia era objeto de tan extraños comentarios.

Por otra parte, el aspecto de esta gale-

ría bastaba á justificar tantas acusaciones sobre su originalidad. Conduciremos á ella al lector, un momento despues que el eco del órgano hubo cesado con gran placer de la princesa... es decir, cuando la pálida claridad de un dia de invierno empezaba á disipar la niebla de la mañana...

Figúrese el lector una sala de cerca de cien pies de largo, un techo rayado de vigas en relieve, en otro tiempo pintadas y doradas, así como las boardillas que las separaban. Por un capricho del príncipe, todas las ventanas fueron tapadas, salvo una gótica, elevada, larga y estrecha, guarnecida de vidrios de colores, y colocada al extremo de la galería. La luz del dia, penetrando por esta estrecha abertura, producía un efecto singular, pues luchaba contra la claridad de las seis bugias de una pequeña araña gótica de cobre rojo, suspendida á una de las vigas del techo por un cordon de seda, cerca de las vidrieras.

Gracias á esta clase de alumbrado, cuyo resplandor, facticio ó natural, se concentraba en este sitio, fuese de noche ó de dia, la luz, reunida en la parte mas próxi-

ma á la ventana, disminuía en tales términos, que la primera tercera parte de la galería, se hallaba en un claro oscuro bastante luminoso, mas el resto de la inmensa sala se perdía en la sombra.

Nada de mas extraño que la sucesiva disminucion de esta luz, que tanto mas vivía, cuanto que se hallaba en un principio filtrada por una elevada ventana, se apagaba insensiblemente en profundas tinieblas. El colorido de los diversos objetos que hería, participando tambien de esta debilitacion graduada, parecia revestirse de fantásticas formas.

Así que hacía la estremidad de la galería donde espiraban sus últimos reflejos hiriendo á los relieves de algunas armaduras de acero adamasquinado, raras chispas de luz brillaban acá y allá en la oscuridad.

Cuasi al lado de la única puerta que comunicaba con la galería en un oscuro rincón, se distinguía una forma blanquecina. Era un esqueleto atabiado del modo mas particular. Sobre su cráneo llevaba una mitra episcopal, apoyaba una de sus manos

en una espada del tiempo mas floreciente de la edad media, y en la o ra tenia un laud de marfil de siete cuerdas, cuya base se apoyaba en su choquezuela. Por un extraño capricho, una guirnalda de rosas (cosa muy rara en aquella estacion) de una frescura y de un perfume adorables, coronaban este laud. Una capa de paño blanca, constelada de XX y de MM entrelazadas, bordadas en colorado, se rodeaba en pliegues magestuosos sobre la óscura caja del pecho del esqueleto, y solo permitia ver el pié derecho y el extremo de la pierna. Este pié, de notable pequeñez, se hallaba (amargo sarcasmo) calzado de un zapato de raso blanco, cuyas cintas de seda flotaban á lo largo del hueso de la pierna, pulido como el marfil.

Si la vista acostumbrada á las tinieblas, llegaba á apercibir ciertos detalles, se veian sobre aquellas cintas de seda, y sobre aquel zapato de raso, algunas manchas de un oscuro rojizo .. y que fácilmente se reconocieran por manchas de sangre.

Este singular objeto de curiosidad se hallaba colocado sobre un zócalo de ébano,

maravillosamente realzado de bajos relieves de plata y de marfil.

Por un extraño contraste, pues todo allí eran contrastes, los adornos de pedestal no participaban en nada de la tristeza del huesario que soportara. Todo lo que el arte florentino del siglo XV posee de mas gracioso, de mas puro y de mas encantador, parecia revivir en esta deliciosa obra, verdadera obra maestra de cinceladura y de escultura. No eran, sin embargo, estos encantadores adornos enteramente extraños al lúgubre objeto cuya base decoraban. La figura del esqueleto se apoyaba con una mano en una espada desnuda, y con la otra en una lira; llevaba una mitra episcopal sobre la cabeza, y un zapato de muger al pié. Esta figura, decimos, se repetia por todas partes, en medio de las mas encantadoras combinaciones artísticas.

Asi que, Amores sostenidos por fabulosos pájaros que participan de la águila por la cabeza y por las alas, de la sirena por las caprichosas ondulaciones de la cola, parecian arrebatarse en sus pequeños brazos á aquella lúgubre imagen.

En otras partes, ninfas cuyas posturas de una elegancia á la vez casta y voluptuosa, hubiesen envanecido á los escultores griegos, jugueteaban bajo el ático de una sala del mas bello estilo, ocupándose de los preparativos del tocador del fantasma. La una traia la espada, la otra la lira, esta la mitra.

En un ángulo de este admirable bajo relieve, dos cecantadoras ninfas tenian cada una una de las cintas del zapato que mecian entre sí, mientras que un Amorcillo se ocultaba en lo interior de este calzado de andaluza, sirviéndose de él como de un columpio.

Durante estos preparativos la siniestra figura recostada sobre una cama griega, de ondulantes colgaduras, apoyada sobre el codo izquierdo, miraba sonriéndose (como puede sonreirse la cabeza de un muerto) los gozosos juegos de las ninfas, mientras que con sus huesosas falanges deshojaba un ramillete de rosas que le presentaría un grupo de adorables niños.

Un pegueño vaso de plata sobredorada, de un trabajo esquisito, colocado cerca del

zócalo, podia servir á la vez de lámpara y cazoleta de perfumes.

Si los otros objetos que amueblaban la galería no ofrecían la estraña alianza de los objetos mas lúgubres con las ideas mas risueñas, no por eso eran menos notables y singulares, los unos por su rareza, los otros por las increíbles mutilaciones que sufrieron.

Un cuadro colocado en una de las zonas de la galería á donde no llegaba mas que una débil claridad, representaba á una mujer de singular belleza. En la frescura del colorido, en la misteriosa transparencia del claro oscuro, en la gracia divina del dibujo, en la suavidad del pincel se reconocia la mano inimitable de Leonardo del Vinci... Mas ¡ay! que en lugar de la mirada fluida, trasparente, á la cual el pintor diera sin duda la vida, los ojos bárbaramente agujereados, lanzaba cual dos dardos dos hojas de puñal, finas, agudas, brillantes:

¿Era esto un triste y salvaje epigrama á aquel antiguo refran mitológico: «dos ojos de la hermosura lanzan flechas mortales»?

Imposible era mirar sin indignacion se-

mejante ultrage hecho á una de las obras maestras del arte, y sin embargo, se admiraba un poco mas lejos un pequeño monumento de marmol blanco, cuyos adornos fueron tomados de la mitología pagana y cristiana.

En una columnita transversal, sostenida por amores y por ángeles, se leia en letras de oro: «Phidias, Rafael;» y luego debajo una especie de reclinatorio (que se nos perdona esta profanacion de la adoracion, debida solo al Criador en favor de la criatura, cuyo almohadon de terciopelo un tanto estropeado anunciaba un uso frecuente, como si un religioso y ferviente admirador de estos inmortales genios viniera á arrodillarse á menudo para pedirles altas inspiraciones ó prodigarles acciones de gracias por los inefables goces que procnra al hombre la ciencia de lo bello.

En efecto, originales ó copias de los mejores lienzos de Rafael, colocados al lado de algunos fragmentos de bajos relieves del Partenon, escogidos con excelente gusto, indicaban un amor y un sentimiento del arte que parecia incompatible con las bár-

baras mutilaciones de que hemos hablado.

A medida que uno se acercaba á la zona mas luminosa de esta galería, extraño retiro del príncipe de Hansfeld, cambiaban tambien los objetos de carácter... se dilataban, mas aumentaba su esplendor.

Asi es que se veia cerca de la ventana una rara coleccion de armas indias y orientales, sables de plata incrustados de coral, puñales con vaina de terciopelo carmesí bordado de oro con mangos enriquecidos de piedras preciosas. El azulado acero de damasco se encorvaba bajo su empuñadura de oro, resplandeciente de rubies y esmeraldas: veíanse escudos indios con relieves de oro constelados de pedrerías.

Cerca de la ventana, era un hormigueo luminoso, coloreado, resplandeciente, deslumbrador, al cual la prismática luz de los vidrios de colores comunicaba tonos aun mas ardientes y mas ricos. Imposible fuera enumerar los curiosos objetos de platería esmaltados, cincelados, amontonados sobre estantes de nacar próximos á la ventana.

Al ver caer de la elevada ventana aquella brillante cascada de luz, variada por los

cambiantes resplandores de los objetos que la reflejaban, hubiérase dicho que era una de esas cascadas que el sol colora con todos los matices de su prisma.

Esta comparacion parecia tanto mas exacta cuanto que precisamente debajo de la ventana y ocupando toda su estension, se veia una gran caja de órgano. Dos figuras de ángeles de tres pies de elevacion esculpidas en nacar, sostenian el teclado del instrumento, tambien de nacar. El resto de la caja, cuya cúspide llegaba á la ventana, se componia de cuarterones góticos, igualmente de nacar, calados como encages en nada alteraban lo sonoro del instrumento. Cuatro esbeltas cariátides de plata, esmaltadas de coronas de oro, adornadas de pedrerías, separaban estos ligeros cuarterones y sostenian un friso de diversas piedras, representando una guirnalda de hojas, de flores y de frutas... Cerezas de cornelia, ciruelas de amatista, albaricoques topacio, acianos de lapis-lazuli, hojas de malaquita, jacinto de verde mar luchaban en brillo y en propiedad relativa.

Este órgano de diez pies de alto y de cinco pies de ancho, llenaba el basamento de la larga ventana con vidrios de colores, de que hemos hablado. El espacio que quedaba vacío á cada uno de los lados de la ventana, estaba cubierto por las innumerables riquezas que acabo de describir.

El príncipe de Hansfeld estaba sentado á este órgano de nácar. Llevaba una larga túnica de lana negra, ceñida á la cintura, y una especie de gorro gris de terciopelo del mismo color. Largas mechass de sus cabellos blondos caían en profusion sobre sus espaldas un poco encorbadass.

Sus anchass mangass se hallaban levantadas hasta el codo, por la posiciou que tomaron sus manos al recorrer el teclado. Sus enflaquecidos brazos, sus manos delgadas y afiladas eran de una blancura de mármol; mas las uñass, largas, durass, pulidas como ágatas, no tenían aquel matiz sonrosado que anuncia la salud. Estaban por el contrario rodeadas de un pálido azul. La posiciou de su cabeza un poco inclinada hácia atrás, indicaba que el príncipe de Hansfeld tenía los ojos levantados al techo.

Después de haberse interrumpido un momento, volvió á empezar á tocar el órgano mas «pianísimo.»

¿Era la cualidad superior de este admirable instrumento, ó bien el poder del talento del músico? Jamás órgano alguno exhaló sonos á la vez mas suaves, mas sonoros, mas melancólicos, de una tristeza si puede decirse así, mas apasionada.

Imposible fuera adivinar cuáles eran los motivos de aquellos cantos de una expresión á la vez lastimera como un suspiro..., armoniosa, vaga, indecisa, caprichosa como el pensamiento que flotando en medio de las nubes de una imaginación entristecida, divisa algunas veces el azul de un cielo puro, claro, sereno...

Un corazón de bronce se hubiera enternecido al oír aquellas melodías penetrantes dulces como un rocío de lágrimas.

En medio del silencio de la noche, los acentos del órgano, graves de por sí, aumentaban aun su solemnidad; subían al cielo... como el incienso...

Había sobre todo una frase de pureza encantadora que volvía á menudo y como por

intermitencia en el canto del órgano.

Para decir las ideas que despertara aquella frase, tocada sobre los tonos mas elevados, mas cristalinos del instrumento, fuera preciso evocar las idealidades mas risueñas, mas jóvenes, mas francas.

Cuanto puede haber de perlas húmedas sobre el musgo: de rosados resplandores en el alba de un hermoso día de primavera.

Cuanto puede haber de misterios, de sueños en la argentina claridad de la luna, en una noche templada de verano, cuando juguetea en la penumbra de los grandes bosques que parecen estremecerse cariñosamente á los solitarios acentos del ruiseñor:

Cuanto puede haber de felicidad, de cándido gozo, de esperanza ingénua en el dulce estribillo de una joven de 16 años, que canta porque se siente dichosa mirando á su madre y viendo al sol dorar las cimas de los árboles, en el momento en que las flores entreabren sus cálices embalsamados:

Cuanto puede haber, en fin, de dulce, de grave, de elevado en la contemplacion

en que nos sumerge á menudo el incommensurable brillo de los astros, que describen su órbita en la inmensidad.

Sí, apenas esta evocacion de risueñas poesías diera una idea de la melodía, llena de gracia y de serenidad que á largos intervalos venia á diseñarse, por decirlo así, sonrosada, luminosa y serena, sobre el color sombrío del aria que tocaba el príncipe...

En cuanto á este aria que pudiera considerarse como la constante espresion del carácter de Arnold de Hansfeld, era la idealizacion de la contemplacion alemana ó la dulce fantasía de Mignon, no la que produce graciosos reflejos, sino la que en su negra tristeza evoca el pálido fantasma de Lénore.

La tristeza de Arnold le era característica, en el sentido que, en lugar de ser irritada y amarga, era resignada.

Parecia complacerse en modular con amor la frase musical de que hemos hablado, como uno se abandona á un recuerdo querido de su juventud.

El zumbido agudo, estridente y pro-

longado de una campanilla le hizo estremecer dolorosamente.

A este ruido áspero interrumpió de nuevo su canto... Las últimas vibraciones del órgano se exhalaban en la basta galería, como un prolongado suspiro.

Arnold inclinó con abatimiento la cabeza sobre su pecho. Sus manos blancas y afiladas, abandonando el teclado, cayeron inertes sobre sus rodillas. Su talle delgado y flexible se encorvó; la fuerza ficticia que le sostuviera hasta entonces le abandonó y se dobló sobre sí mismo...

Los primeros albores de una mañana de invierno, uniéndose á la claridad de las bugias de la araña gótica, formaban una luz falsa, lúgubre, como la que producen los cirios que arden, durante el día, al redor de un difunto. Esta luz caía perpendicularmente sobre la frente y sobre la parte saliente de las mejillas de Arnold, pues tenía la cabeza inclinada sobre el pecho.

Al traves de sus largas pestañas caídas, hubiera podido verse la niña inmóvil perder la humedad y el brillo de su cristalino azul y volverse fija, casi mustia.

Sus dedos se embarazaron por la intensidad del frío, pues ya hacia mucho tiempo que se había apagado el fuego en la basta chimenea...

En este momento el sonido de la campanilla se hizo oír de nuevo..... y por dos veces.

El príncipe pareció salir de un sueño letárgico. Se levantó con dificultad y fué al fondo de la galería á la cual solo se podía entrar por una puertecita gruesa y forrada de hierro.

Arnold entreabrió con aire sospechoso un postigo practicado en esta puerta, y dijo con voz débil:

—¿Sois vos, Frank?

—Sí; Arnold... ya es de día... Toma... aquí tienes tu cajita... hijo mío, respondió otra voz un poco cascada.

—¿Sois voz, Frank? repitió el príncipe.

—Por todos los santos, ¿quién quieres que sea si no el viejo Frank?... Abre la puerta... y me verás de cuerpo entero.....

—¡Oh! no, no; hoy no...

—Cálmate, hijo mío... Tienes tus temo-

res, ya lo sé...; mas toma tu cajita... he comprado el pan en un sitio, las frutas en otro.

El principe alargó la mano, y tomó con avidez una cajita de caoba con bandas de acero que le presentaban por el postigo.

—Buenas noches, ó mejor buenos dias, Arnold.

—Adios, Frank.

Y el postigo volvió á cerrarse.

No lejos de la puerta habia una cama, y á su extremo un vasto divan cubierto con dos sedosas pieles de oso. Arnold se sentó sobre esta cama y puso la caja encima de una mesita de ébano de un trabajo curioso, sobre la cual habia un par de pistolas cargadas.

Tomó una llave de encima de la mesita y abrió la caja, que contenia un panecillo acachado de salir del horno y algunas frutas de invierno.

El principe miró estos comestibles, dignos de un anacoreta, con cierta desconfianza; sus sospechas luchaban contra su apetito. Sin embargo, abrió el pan en dos

pedazos, y después de haberlo examinado largo tiempo lo llevó á sus lábios.

¶ Mas de repente lo arrojó lejos de sí con horror...

Entonces, ocultando su cara entre las manos, Arnold de Hansfeld se dejó caer sobre su cama y lloró amargamente.



XI.

El padre y la hija.

Berta de Brevannes iba ordinariamente á pasar con Pedro Raimond, su padre, las mañanas de los jueves y los domingos. Vivía este entonces en la isla de Saint-Louis calle de Pouthier, cerca del hotel Lambert, habitado por el principe de Hansfeld.

Desde la vuelta de su hija á Paris, el anciano grabador no la habia visto aun; mas prevenido de su llegada la esperaba

el domingo por la mañana, pues las diferentes escenas que acabamos de referir tuvieron lugar en la noche del sábado.

Pedro Raimond, feliz con esta visita procuraba dar un aire de fiesta á su pobre morada, compuesta de una cocinita y otras dos piezas, situadas en el cuarto piso.

Desde la ventana se dominaba el desembarcadero del Sena. En el horizonte se elevaban las copas de los árboles del jardín de plantas, y mas lejos aun la media naranja del panteon.

La habitacion, otro tiempo ocupada por Berta, era para el grabador objeto de una especie de culto. Nada habia cambiado: veianse aun la pequeña cama de madera pintada de gris, las cortinas blancas de algodón, la antigua cómoda de nogal que pertenecia á la señora Raimond, un viejo y mal piano de cerezo en el que Berta estudiara y aprendiera su arte, en fin en un cuadro las coronas que la jóven ganára en el conservatorio.

Pedro Raimond tenia 70 años. Su alta estatura encorbada por la edad, su cráneo calvo, su barba blanca que ya no afeitaba

desde algunos años, aumentaban la austeridad de sus facciones. Sus párpados medio caídos, atestiguaban el mal estado de su vista debilitada, por el esceso del trabajo. Esta debilidad unida á un ligero temblor nervioso, consecuencia de una enfermedad muy larga, le obligó á renunciar al grabado de la música y á aceptar á pesar de su repugnancia; una pension de 1,200 frs. de Mr. de Brevannes.

Una escrupulosa limpieza reinaba en el cuarto de Pedro Raimond, que en otro tiempo le sirviera de taller. Encima de la ventana veíanse sus herramientas de grabador, sus buriles, desde mucho tiempo abandonados, planchas preparadas para el grabado de la música. Un catre de hierro, una mesa, cuatro sillas de nogal componían todo su ajuar, de una sencillez estética.

Un viejo sable de honor ganado por Pedro Raimond, antiguo voluntario de los ejércitos de la República, adornaba su alcoba, debajo del sable se hallaba en un cuadro un ejemplar del famoso llamamiento hecho por la Convencion al pueblo, des-

pues del asesinato de los enviados franceses. Decía así:

«El nueve de floreal del año siete
á las nueve de la noche.»

«El gobierno austriaco ha hecho asesinar
á los ministros de la República francesa: Bonnier, Rebeyot. y Jean
Debry, encargados por el
Directorio ejecutivo de entrar en negociaciones sobre la
paz de Rastadt.»

«Su sangre humea... pide... obtendrá
venganza.»

Pedro Raimond conservaba religiosamente este curioso espécimen de la enérgica elocuencia de aquella época sangrienta, terrible, pero no sin gloria.

Inútil es decir que el grabador había permanecido fiel á la utopía republicana, en lo que tiene de mas patriótico y de mas generoso.

Probo y rudo, justo y leal, solo se podía reprochar á Pedro Raimond sus ideas demasiado absolutas sobre las diferencias

morales que existían, según él, entre los ricos y los pobres. Si llevaba hasta la exageración el orgullo de la pobreza, se hacía perdonar este defecto por el más noble desinterés.

Así que, pudiéndose casar con la hija de un rico editor de estampas, reusó este partido porque amaba á la madre de Berta tan pobre como él.

Después de 30 años de trabajo y de economía había conseguido reunir 25,000 francos que destinaba á su hija. Un notario que hiciera bancarrota, le robó esta suma. Redobló su trabajo á fin de dar al menos á su hija, muy joven aun, una profesión que la pusiera al abrigo de la necesidad.

Puede calcularse con qué inquietud esperaba Pedro Raimond á su hija.

En fin un carruaje se paró á la puerta, oyó en la escalera un paso ligero, rápido y bien conocido. Algunos segundos después Berta estaba en los brazos de su padre.

—En fin, ya estás aquí... ya estás aquí, repetía el anciano, con voz conmovida,

estrechando á su hija entre sus brazos.

—Mi bueno, mi querido padre, decia Berta llorando.

Pedro Raimond desembarazó él mismo á su hija de su sombrero y de su capa, que llevó sobre su cama, y luego haciéndola sentar en su sillón, le tomólas manos que tenia frias.

—Pobre hija! estás helada... Calientate...

—Padre..., ¡quieres mimar siempre á tu hija!

Sin responderle, la miraba el anciano con ternura.

—Ya estás aquí... Hace ya seis meses... seis meses...

—Pobre padre... ¿Conque te ha parecido el tiempo muy largo? ..

—Pero tú eres feliz?...

—Si, oh, si!

—¿Muy feliz?

—Como siempre...

—Hasta aquí tu felicidad ha sostenido mi ánimo... ¿Conque tu marido es para contigo siempre bueno, complaciente, cariñoso?

—Sin duda...

—Y durante tu permanencia en Lorena?... Estos seis meses, pasados allí solos, ¿han sido mas dulces para ti, si cabe que el tiempo de tu permanencia en Paris?

—Si, padre mio.

—Siempre estás orgullosa de ser sumu-
ger?

—Siempre... mas ¿por qué tantas pre-
guntas?

—¿Brevannes es en fin como lo juzgaste cuando me declaraste que no te casarias mas que con él?

—Si, seguramente que si; respondió Berta mas y mas admirada de las palabras de su padre; palabras que probaban al menos que le habia ocultado cuidadosamente sus penas.

—En fin ¿es siempre el hombre digno de inspirar la pasion de que hubieras muerto, desdichada hija, si hubiese yo persistido en mis denegaciones?

—Si, padre mio... Carlos no ha variado.

—¡Dios sea loado! ¡Y bien! lo confieso... me he engañado.

— ¡Engañado!... ¿Y sobre quién, padre mio?...

— ¿No sabes por qué este año te esperaba yo con mas impaciencia aun que los otros años?

— Dios mio! no.

— ¿Tú no sabes por qué soy doblemente feliz en verte hoy?

— Esplicate... ¡Pero Dios mio!... Tú lloras... padre mio...

— ¿Y no sabes por qué lloro?... Lloro de gozo. ¡Oh! Tanto mejor.

— ¡Hija mia querida! La esperiencia ha durado bastante.

— ¿Qué esperiencia?

— ¡Sufria yo tanto!... Viejo, enfermo, reducido á pasar mis dias solo... yo, á quien desde que naciste no faltó ni un solo dia un abrazo tuyo por la mañana y otro por la noche, he'ia puesto en ti toda la ternura que profesara á tu madre... ¡Qué amargura el verme condenado á no verte mas que algunas horas por semana, á pasarme ses enteros sin verte!

— Buen padre... yo tambien sufria mucho...

—Y aun no era eso todo. El tiempo que has pasado aquí mientras que tu marido estaba en Italia, hizo mas dolorosa para mi nuestra nueva separacion. Era perderte segunda vez.

—¡Pero padre mio!

—Ya sé lo que vas á decirme... á los pocos dias de tu casamiento, Brevannes me ofreció una habitacioncita en su casa... Muchas veces has vuelto á insistir sobre esta proposicion... constantemente he rehusado aceptarla...

—¡Ay! Sí...

—Es que... dudaba que su amor, tan violento en un principio, fuese duradero... No hubiera podido permanecer tranquilo espectador de tus pesares. Mi misma desconfianza hubiera acaso turbado vuestra paz. Me impuse, pues, un rigoroso deber, y me dije... Esperaré... Berta no me ha mentado nunca. Si despues de 4 años de union es tan feliz como dice, eso será una garantía cierta para el porvenir, y una prueba de la bondad del corazon de Brevannes. Este momento ha llegado ya. Tu marido es digno de tí, hoy le diré: «He

dudado de vos, he hecho mal... os pido por ello perdon... En el dia tengo fé y confianza en vos... Acepto la oferta que me hicisteis, y ya no me separaré ni de vos ni de Berta.»

—Qué dices, padre? exclamó Berta.

—Digo, querida hija mia, que no me quedan ya muchos años de vida para pasarlos lejos de tí... y por mi fé, dejaré que me hagas feliz á tu gusto. Tu marido, tu y yo, no nos volveremos á separar mas en lo sucesivo.

Berta se precipitó llorando en los brazos del anciano.

—Vamos, vamos, loca... ¿Qué será, pues, de tí cuando tengas penas, si el gozo te agita y te hace llorar así?... Entre nosotros... añadió Pedro Raimond sonriéndose. Yo hago el Bravo... el Brutus, y estoy tan conmovido como tú... al pensar que no me volveré á separar de tí.

Y pasaba al decir esto su mano trémula por sus ojos humedecidos.

La posicion de Berta era cruel.

Mr. de Brevannes no contento con col-

mar la medida de sus injusticias para con ella, acababa de echarle en cara con dureza la módica pension que daba á su padre. En este mismo momento, Pedro Raimond, engañado por las generosas mentiras de su hija, se preparaba á ir á vivir con Mr. de Brevannes y su hija en la mas completa intimidad.

Berta habia podido ocultar hasta entonces á su padre sus pesares siempre crecientes, atribuir su tristeza al sentimiento que le causaba el vivir lejos de él; mas las esperanzas de Pedro Raimond contrastaban tan cruelmente con lo que pasara la víspera entre ella y su marido, que Berta quedó herida de estupor, cuasi de miedo.

En lugar de acoger la revolucion, de su padre con la mas viva alegría, por un movimiento involuntario se precipitó llorando en sus brazos.

Pedro Raimond conocia el corazon de su hija: atribuyó al principio sus lloros á la alegría, á una sorpresa inesperada; pero estas lágrimas se convirtieron en sollozos. Berta apoyó su cabeza en el hombro del anciano, y de tiempo en tiempo estrechaba sus

manos con las suyas por un movimiento convulsivo.

Pedro Raimond comprendió una parte de la verdad. Sus antiguas sospechas renacieron; rechazó cuasi bruscamente á su hija, y exclamó con voz severa.

—Berta... me engañabas... no eres feliz...

Berta, vuelta en sí por estas palabras, tembló de su imprudencia, y se arrepintió por desgracia demasiado tarde de la emoción que no habia podido ocultar.

Ya se preparaba á tranquilizar á su padre, cuando la puerta se abrió.

—¡Mi marido! exclamó Berta temblando.

Mr. de Brevannes entró en la casa del grabador.

XII.

El suegro y el yerno.

La aparición de Mr. de Brevannes hizo reinarse un silencio de algunos instantes entre los tres actores de esta escena.

Estremecióse Berta al leer en las facciones de su marido la ironía y la dureza.

El austero semblante de Pedro Raimond,

hasta entonces dulce y sereno, tomó de improviso un carácter de altanera energía. Enderezando su elevada estatura y poniendo á su hija detrás de él como para protegerla, se adelantó dos pasos al encuentro de Mr. de Brevannes.

—¿Qué quereis, caballero?

—Quería saber, caballero, si esa señora no me engañaba, si, como me decia, venia á pasar las mañanas á vuestra casa. Tengo mis razones para dudar de ello.

—Ah! ¡Cárlos! Dijo tristemente la Sra. de Brevannes.

—Os prohibo, el sospechar la mentira en mi hija, caballero.

—Padre mio...! Esclamó Berta.

—Yo no tengo, Sr. Raimond, que dar cuentas á nadie... Si sospecho la mentira en mi muger es porque...

—Si á alguien ha mentido, no es á vos... Es á mí. Esclamó Pedro Raimond interrumpiendo á su yerno.

—¿Qué quereis decir, caballero? dijo este mirando á Berta con sorpresa.

—Cárlos, os ruego... y vos, padre mio...

—Ella me ha engañado... continuó el anciano con voz fuerte. Aun no hace un momento, me aseguraba que era feliz...

—¡Ah! Ya comprendo, replicó friamente Mr. de Brevannes. Esa señora ha venido aquí para hablaros de su felicidad, con hipócritas gemidos... Es sumamente des- tra...

—Señor de Brevannes, exclamó Pedro Raimond, hace cuatro años mi hija se moría en este cuarto... Yo os dije: «mas quiero perder ahora á esta criatura, que perderla un dia por las torturas que la causareis.» ¡Tenia razon, la matareis!

—Padre mio, dijo Berta, no debo dejaros en un funesto error... Mucho me cuesta; pero diré la verdad: no justificaré con mi silencio los reproches pronunciados, os lo aseguro, que dirigís á mi marido. He podido ocultaros algunas contrariedades domésticas, de las cuales no están libres los matrimonios mas unidos: os mostrabais tan feliz, al saber que yo era completamente dichosa, que quise dejaros en esta ilusion. No hacia mal á nadie, y esperaba reconciliaros con el que juzgais con dema-

siada severidad.

—Hija mia, conozco tu debilidad; á mí me toca el ser severo.

— ¡El ser severo! exclamó Mr. de Brevannes con una carcajada de risa sardónica ¡El ser severo!..., ¿Acaso estoy yo aquí en la escuela, señor Raimond? ¿A quién creéis hablar, si os place?

—Al verdugo de mi hija...

—Esto toca eu la exageracion, señor Raimond. Vuestros recuerdos revolucionarios os estravian...

—Berta... llévate á ese hombre... dijo friamente el grabador...

—Cárlos, venid, os lo ruego... venid. Padre mio... hasta el jueves... Perdonad si os dejo tan pronto... Acaso volveré mañana, dijo Berta queriendo á todo precio romper tan penosa conversacion.

—Puesto que estais de humor de dar lecciones, caballero, dijo Mr. de Brevannes, decid á vuestra hija que es siempre peligroso el mostrar á su marido menospreciantes frialdades, cuando él tiene derecho de estar celoso...

—Berta, qué quiere decir?

—Ah! Cárlos... y sois vos quien recuerda esa escena?

—A mi no me engañais, señora, con vuestra fingida delicadeza... vuestros bellos escrúpulos... Existe en todo esto... alguna intriga... yo la penetraré...

—Por favor, Cárlos; no hablemos de esto aquí... Adios, padre mio.

—Berta... ¿mereceis ese reproche?

—No, padre mio, respondió Berta con dignidad.

—Os creo, hija mia... Ahora, caballero, escuchadme. Durante cuatro años, he sido vuestro juguete; he creído á mi hija feliz; hoy ya sé la verdad... Berta no tiene en el mundo mas apoyo que el mio... Yo soy viejo, enfermo y pobre... no importa, cuidado con lo que haceis...

—Amenazas, caballero?

—Si; nuestra posicion será clara... Desde hoy renuncio á los socorros que acepté solo á instancias de mi hija...

—Os es mas cómodo el ser ingrato...

—Ingrato... por que me he compadecido de vuestra vanidad ...!

—Padre mio...

—Así, caballero, dijo Pedro Raimond, En adelante, respondereis de la felicidad de mi hija. De vos á mi, de hombre á hombre... os doy 15 dias para reparar el mal que habeis hecho...

—Quince dias? y nada mas?... exclamó Brevannes con aire burlon.

—Y si al cabo de quince dias no sois para Berta lo que debeis de ser...

—Y bien, caballero, qué hareis?

—Ya lo vereis.

—Venid, señora, dijo Mr. de Brevannes tomando á Berta por el brazo.

—Adios, padre mio, ya volveré; por favor calmaos.

—Volvereis si os lo permito, dijo Mr. de Brevannes con ironía.

—Vive tranquila, hija mia; yo velaré sobre tí, dijo Pedro Raimond.

Berta siguió á su marido llorando.

El anciano quedó solo.

XIII.

Una primera representacion.

Se daba aquella noche en la comedia francesa la primera representacion del «Seductor,» comedia en cinco actos y en verso.

Era la primera obra literaria del señor vizconde de Gercourt: muy jóven aun y muy á la moda, de una figura estremadamente agradable, pasaba con razon en el mundo por un hombre de talento, gracioso, de encantadores modales, y de una educacion esmerada.

La primera representacion de su comedia habia necesariamente atraido la mas escogida sociedad de Paris, á la cual per-

tenecia Gercourt.

Gracias á su natural, amable y benévolo, y sobre todo á algunos reveses de fortuna que dejaron suficientemente satisfecha á la envidia, por mucho tiempo monsieur de Gercourt no habia tenido enemigos. Por desgracia, su ambicion literaria (ambicion laudable, noble, grande, si las hay para un hombre de su suerte) le atrajo innumerables y hostiles celosos. Algunos amigos le permanecieron fieles; mas una caída humillante y ridícula le hubiera vuelto la general benevolencia.

La mayoría de las gentes de letras veia con repugnancia los preludios de aquel intruso, de aquel profano.

Nunca hemos podido concebir esta animosidad de las gentes del mundo y de los literatos contra un hombre cuyo único crimen es el haber querido elevar sus años á la dignidad de las letras.

Conduciremos al lector á algunos de los diferentes paleos, donde encontrará varios personajes de esta historia, que la curiosidad general atrajera á la solemnidad dramática.

XIV.

Primeros palcos número 7.

Berta de Brevannes ocupaba uno de los asientos de este palco: su marido estaba detrás de ella. Los otros dos asientos estaban vacantes.

Berta, sin nada en la cabeza, llevaba un vestido crespon negro. Su blonda cabellera, su tez pura transparente, su cuello y sus espaldas de marfil, brillaban fuertemente. La melancolía se pintaba en sus facciones pues tres días antes tuvo lugar la triste conversacion de que hemos hablado, entr

su marido y Pedro Raimond. Hubiera deseado quedarse en casa; mas temiendo irritar á Mr. de Brevannes, consintió en acompañarle.

Este último, por uno de esos contrastes peculiares al hombre, estaba profundamente herido de la frialdad de su muger y se obstinaba en triunfar de ella, menos por arrepentimiento de lo pasado que por la terquedad natural á su carácter. Mas en vano procuraba hacerle olvidar las faltas de que debia sonrojarse. Berta habia sido demasiado cruelmente ulcerada para curarse tan pronto.

Mr. de Brevannes habia tomado palco para aquella curiosa representacion con el objeto de agradar á su muger.

El telon no se habia levantado aun. Poco á poco el teatro se habia llenado. Berta iba raras veces al mundo; á pesar de su tristeza, miraba con la curiosidad de un niño, las personas que llegaban á los palcos y luego volvía á caer en sus amargas preocupaciones.

Mr. de Brevannes, impaciente del silencio de su muger, le dijo, conteniendo su

mal humor:

—‘Qué teneis, Berta?

—No tengo nada, Cárlos.

—No teneis nada, no teneis nada y mostrais una tristeza... Admitiendo que haya cometido faltas... me las haceis sentir cruelmente...

—Quisiera poder olvidarlas... Acaso un dia...

—La perspectiva es agradable.

—No es culpa mia. Pero no hablemos mas de esto. Ya sabeis que los motivos de tristeza no me faltan.

—¿Es por vuestro padre por quien decidis eso?... Confesad al menos que fué bien violento conmigo ..

—Me ama tanto... que se exagera vuestras faltas... No tiene mas que á mí en el mundo... y por eso, Cárlos, no puedo creer que me rehuseis el permiso de ir á verlo como de costumbre.

—Mi cara Berta, sois demasiado hermosa para que no ponga condiciones á este permiso.

—Amigo mio, sed generoso sin restriccion.

de tafilete forrado de armiño, pues la señora Girard, según decía, tenía siempre los pies fríos, cosa que no era verdad; mas había visto uno de los lacayos gigantes y con peluca empolvada de la marquesa Lu-ceval seguirla con un hermoso calentador, y á falta de lacayo gigante y empolvado, el pobre Mr. Girard se cargaba con el mueble.

La señora Girard era una mugercita morena, colorada, bastante bien hecha, que hubiera sido bonita sin sus insoportables afectaciones. La pobre Berta no pudo ocultar su sorpresa, al ver el singular tocado de la señora Girard.

Hé aquí en qué consistía aquella «cosa» bien propia para escitar la admiración.

Figúrense nuestros lectores una especie de gorra polaca de terciopelo negro, con pequeña visera, adornada de un penacho de plumas blancas, sostenido al costado por un rose ton de raso colorado, airosamente colocada de medio lado, sobre la cabeza de la señora Girard, cuyos cabellos negros caían en grandes bucles sobre su cuello.

Con esta «cosa» la señora Girard lle-

de terciopelo nacarado, adornado de brandeburgos de seda, en armonia con su color.

En rigor nada tenia este trage de ridiculo; mas completado por la polaca, era tan extraordinariamente extraño, que formó, por decirlo asi, acontecimiento en la sala y todos los anteojos empezaron á dirigirse sobre la señora Girard á quien el gozo ponía fuera de sí, mientras que Berta se sonrojaba de confusion.

Mr. de Brevannes se mordió los labios de despecho. Viéndose él y su muger el objeto de todas las miradas, por la extraña polaca de la señora Girard, no pudo menos de decir por lo bajo á Mr. Girard.

—¿Qué diablo de tocado ha ido á escoger vuestra muger, ella que viste siempre con tanto gusto?

—El pobre marido dió un codazo á Mr. de Brevannes, con aire azorado, diciéndole muy quedito:

—¡Chit...!

Durante este tiempo la señora Girard se abalanzaba fuera del palco, mirando para

—Lo que acabais de decir es muy li-
sonjero, dijo bruscamente Mr. de Brevan-
nes; mas añadió con dulzura. Ea, vamos,
haceis de mi lo que quereis: consiento en
ello.

—¿De veras... de veras...? ¿podré vol-
ver en casa de mi padre? dijo Berta volvién-
dose hacia él con los ojos brillantes, la fi-
sonomía cuasi radiante.

Mr. de Brevannes, colocado en el fondo
del palco, se puso riéndose la mano delan-
te de los ojos, y dijo:

—No quiero verte para poder cumplir
mi promesa.

—Oh! Gracias!... gracias... Cárlos! ya
soy feliz para toda la noche.

Estas muy hermosa!... y tanto mejor,
pues mi amor propio de marido no tendrá
que temer la proximidad de la señora
Girard.

—No tengo la pretension de luchar con
ella. Pero ¡qué tarde llega!... ¿Estais segu-
ro que habrá recibido el billete que le
mandásteis hace dos dias?

—Sin duda; se lo remitieron al mismo
Girard. Mas en su crueldad de «maravillo-

sa» la señora Girad no puede llegar sino despues de todo el mundo... para producir mas efecto.

—Cárlos, qué malicioso sois!

—Porque la señora Girard es ridícula, porque echa á perder su bonita cara, con las mas necias pretensiones del mundo. No tiene mas que un pensamiento, el de imitar, ó mas bien parodiar los trages de la señora de Luceval, porque es la muger mas á la moda de Paris.

En efecto me habeis hablado ya de esta manía de la señora Girard. Quisiera conocer á la de Luceval... La marquesa de Luceval dicen que es encantadora.

—Encantadora, muy original, arriesgando tocados que no sientan mas que á ella, y que esa tonta de Girard copia con furor bajo el pretesto de que la otra se lo pone.

En este momento se abrió la puerta del palco, y la señora entró seguida de Mr. Girard, fabricante enriquecido, llevando el abanico y las esencias de su muger. Además, llevaba á manera de peto entre su frac y su sobretodo un pequeño calentador

—Timoleon, dijo la señora Girard á su marido sin responder á su observacion, ya no hay mas que tres palcos vacios; id á preguntar si el uno de ellos no es el de la marquesa de Luceval...

Timoleon se levantó como si fuese movido por un resorte, y salió precipitadamente.

—¿Conoceis al autor de la pieza? dicen que es encantador, preguntó á Brevannes la señora Girard.

—Nos vemos á menudo; es muy amable.

—¿Pero por qué se mete á escribir,

—Aunque no fuese, señora, respondió Brevannes, mas que por tener el placer de veros asistir á la primera representacion de su obra, con tan delicioso sobi... sobies...

—Sobieska, dijo vivamente la señora Girard.

En este momento se abrió la puerta del palco para dar paso á Mr. Girard.

—¿Y bien? le preguntó su muger.

—Alfonsina, no os habeis equivocado, uno de esos palcos es el de la marquesa

de Luceval.

—¡Bravo! dijo Alfonsina.

—Aun hay mas; vos que sois curiosa de noticias, voy á daros una famosa.

—¡Cómo!

—Mientras preguntaba yo á la llavera, llegó un lacayo galoneado por todas las costuras, preguntando cuál era el palco de la señora princesa de Hansfeld... Era precisamente el que estaba al lado de la marquesa de Luceval... allí, justo, enfrente de nosotros.

—¡Qué dicha! ¡Nunca he visto á la princesa! ¡Dicen que es muy hermosa! exclamó la señora Girard.

—Por mi fé, señora, me alegro tanto como vos, dijo Mr. de Brevannes, de ver en fin esa misteriosa beldad. El otro día, en el baile de la Opera, no se hablaba mas que de ella y de las rarezas de su invisible marido.

—Por lo menos esta noche no será invisible; dijo Mr. Girard.

—¿Por qué? preguntó su mnger.

—Por una razon muy sencilla, mi buena amiga, y es que el lacayo ha venido á

—Alfonsina, le dijo tiernamente Mr. Girard. ¿Buscas á alguien?

—Sin duda, respondió Alfonsina con tono halagüeño, malicioso y triunfante. Busco á la marquesa de Luceval. Bastante furiosa va á ponerse...

—¿Y por qué, señora? preguntó Berta, que no sabia qué postura tomar.

—Se trata de un excelente chasco, respondió le señora Girard, que he dado á la marquesa. Ya sabeis cual es su empeño por tener la primacia en las modas, y porque no se lleve nada sino despues de ella. Hace dos dias fui en casa de Barenne, nuestra comun modista, y le pregunté como siempre, si la marquesa no se habia mandado hacer nada para esta noche en que todo Paris debia hallarse en el teatro. Despues de dificultades sin número le arranqué el gran secreto. La marquesa de Luceval se habia mandado hacer un tocado encantador, original, pero que solo á ella podia sentar bien... ¡No sentar bien mas que á ella! dijo la señora Girard, ostentando con orgullo su polaca. En fin, á

fuerza de promesas y ruegos obtuve de esa cara Barenne que me enseñase ese delirioso tocado y que me hiciese uno semejante, y... helo aquí... esto se llama un sobieska. Ya podeis juzgar del despecho de la señora de Luceval, que creyendo estreñar este tocado, vea que lo llevo al mismo tiempo que ella.

—Me permitireis, señora, que sea de parecer contrario, dijo Berta sonriéndose á medias, creo que se alegrará mucho en no ser sola quien lo lleve.

—Os aseguro, querida, que se pondrá furiosa, replicó la señora Girard.

—Pienso como tú, cara amiga, dijo Mr. Girard.

—Señor Girard, no me tuteéis, os lo ruego, dijo Alfonsina con dignidad. Pareceis un portero.

—Quería decir, Alfonsina, que tendreis que echaros en cara el haber hecho perder á vuestra modista la clientela de la señora marquesa de Luceval, pues, permitid que os lo diga, ha habido abuso de confianza. ¿No es así, Brevannrs? Ha habido abuso de confianza!

preguntar, si no se podia procurar un sillón para S. E. que está, segun dicen, muy delicado y que sale primera vez despues de una larga enfermedad.

— ¡Qué idea! ¡Venir al teatro! dijo la señora Girard.

—Fantasía de enfermo sin duda; replicó Brevannes.

—La llavera respondió al lacayo que preguntase eso al contralor; añadió Mr. Girard. En esto el lacayo bajó, y yo me he venido corriendo à traeros esta noticia.

—Por fin, dijo Brevannes, vamos á ver esa pareja singular, estraña, fantástica.

—¿Qué princesa es esa, amigo mio? Preguntó Berta á Mr. de Brevannes?

—Una hermosa y admirable persona, segun dicen, á la moda este invierno, y con quien todos nuestros elegantes han perdido sus galanterías... En cuanto al príncipe, el mundo se pierde entre las suposiciones mas estraordinarias, mas contradictorias, mas...

—¡Ah! ¡Dios mio! exclamó la señora Girard interrumpiendo á Mr. de Brevan-

nes. Hè aqui la marquesa de Luceval en su palco... y no lleva su sobieska!

Conduciremos al lector al palco de la marquesa de Luceval, en donde acaso sabrá porqué no llevaba el sobieska.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

